

Salvador Rodríguez
Tel. 790-13557

EL DIVINO IMPACIENTE

POEMA DRAMÁTICO EN VERSO, DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO,
TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

A Manuel Herrera

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

17/10/11

1181266

PROLOGO

Sala locutorio en el Colegio de Santa Bárbara, de París. Estarán en torno de un globo terráqueo de peana, PEDRO FABRO, JUAN DE OLIVA, JUAN DE BRITO, todos con ropas de estudiantes. Al lado habrá una mesa con papeles y cartas geográficas enrolladas. Algo apartado del grupo, enfrascado en la lectura de un libro, está FRANCISCO JAVIER, vestido igualmente de estudiante. Puertas laterales. Al fondo, ancha puerta con cortinas.

FABRO.

¿Entonces, éste que habéis señalado aquí, con tinta roja...?

OLIVA.

Es el puerto de Palos, y esta de junto es la ría de Moguer, que los antiguos, porque va de hierro tinta, pensaban que en las honduras del mismo infierno nacía.

FABRO.

¿Y de esa ría zarpó, según dices, la escuadrilla del genovés?

OLIVA.

Justamente.

FABRO.

¿Y se llamaban las tres carabelas?

OLIVA.

Pinta, Niña,
y la más fuerte y más grande de todas, *Santa María.*

BRITO.

¡Qué lindos nombres ingenuos, como de tres infantinas!

FABRO.

Es buen estilo de empresas providentes y divinas éste de sacar las grandes cosas de apariencias chicas. De un huevo nace la garza, y el árbol de una semilla. De un portal y de un pesebre, la redención y la vida. No es extraño, Juan de Brito, que esta empresa de las Indias naciera, por más contraste de su grandeza divina, de tres pobres carabelas que tienen nombre de niñas.

OLIVA.

¡Qué tiempos éstos de asombros no pensados!

BRITO.

¡Y, qué dicha ésta que Dios se ha servido depararnos, Juan de Oliva,

trayéndonos a este mundo
cuando el mundo es maravilla!

FABRO.

Observa cómo estas cartas
antiguas, junto a la línea
costera en que acaba Europa,
con grandes letras ponían:
*Mare Tenebrosum; Finis
Terrae...* ¡graves boberías
con que la ciencia del mundo
disimulaba y cubría,
a fuerza de horribidos nombres,
su pequeñez infinita!

BRITO.

(Señalando la esfera.)

Y luego, repara, Pedro
Fabro, con qué énfasis pintan
sierpes y dragones, como
si más allá de esa línea,
donde piensan que se acaba
la tierra, fuera osadía
aventurarse y no hubiera
sino el caos.

OLIVA.

Pero Castilla
supo romper ese caos,
forzar esa última línea,
y poner sobre esos mares
oscuros de fantasías,
la claridad de tres velas
blancas como tres sonrisas.

BRITO.

Y Portugal, Pedro Fabro,
no hizo menos: que esta línea
marca el rumbo de las tres
naves de la otra escuadrilla
de Gama: *San Rafael,*
Berrio, San Gabriel. Diez días
tardaron en arribar,
viento a favor, a las islas

Afortunadas, y poco
después, doblaron a vista
de la punta Sur del Africa,
donde la tierra termina.
Buena Esperanza le han puesto...
¡Dios la trueque en buena dicha!

FABRO.

¿Y llegaron?

BRITO.

Hasta el reino
de Malabar, en las Indias,
donde selló el Zamorín
su amistad y compañía
con mil regalos por sello
y su palabra por firma.
Cargados de buenas nuevas,
de telas y gomas finas,
como los reyes de Oriente
antaño de incienso y mirra,
tornaron en menos tiempo
las galeras que a la ida.
Nombres tenían de ángeles
y volaron tan de prisa
que hicieron gracia y honor
a los nombres que tenían.

OLIVA.

A mí se me va, pensando
en estas cosas, la vista
como si yo mismo fuera
embarcado en la flotilla.

BRITO.

No caben en la cabeza
tan inmensas lejanías:
a mí me suenan lo mismo
los planetas que las Indias.

JAVIER.

(Cerrando el libro con vio-
lencia.)

¡Y a mí me da pena el ver
que todos sois gentecilla
tan para poco!

OLIVA.

¡Señores
despertó el seminarista!

BRITO.

¿No te dan, de veras, miedo
estas grandes maravillas?

JAVIER.

No me dan miedo; me dan,
si acaso..., un poco de envidia
de no haber sido yo mismo
el que ha llegado a las Indias.

BRITO.

¡Pues no eleva poco el canto
el ruiseñor!

OLIVA.

¿Es que el *santo*
no sufre asombros?

JAVIER.

¡Por Cristo;
me asombro..., pero no tanto!

FABRO.

¿Y por qué así?

JAVIER.

¿No habéis visto
yendo de caza, a la entrada
de alguna villa apartada,
con qué gestos y ademanes
se asombran los ganapanes
ante una mula enjaezada?
Todo el asombro proviene
de la novedad del caso.
Pero el gran señor que tiene
engualdrapada de raso
la mula en que tras él viene
su lacayo cada día,
no va a asombrarse por eso.
Pues aplíquese el congreso
de bobos la fantasía.

No se asombra mi osadía
de estos afanes, porque otros
afanes más altos sueña.
No asombra el guijo a la peña.
¡Lo que pasa es que vosotros
tenéis alma tan pequeña,
que, colmados sus afanes,
mostráis, con ese profundo
pasma y esos ademanes,
asombro de ganapanes
ante la anchura del mundo!

OLIVA.

¿Ya es estrecho el mundo para
los sueños de tu querella?

JAVIER.

Puede ser que sí.

BRITO.

¡Acabara!
¡Es que su merced prepara
la conquista de una estrella!

JAVIER.

No tanto; mas pienso yo
que hemos de hacer de esta edad
nueva que el mundo alumbró,
luz de la mente, que no
temblor de la voluntad.
No debe sobrecoger
nuestro temple, este nacer
de un mundo nuevo a la vista.
No es milagro: es la conquista
de un noble y claro saber
de razón, gracias al cual
en la redondez mundial
ya no hay tiniebla ni engaño.
Por Castilla y Portugal
sabe el mundo su tamaño.

OLIVA.

¡Sobre todo por Castilla!

BRITO.

¡Por Portugal sobre todo!

JAVIER.

¡Qué vana es esa rencilla!
Tan ancha es la maravilla,
que caben del mismo modo
el de casa y el hermano.

(Sobre la esfera.)

Mirad, con qué liso y llano
saber exacto y seguro,
hacia el Occidente oscuro
y hacia el Oriente lejano
donde nace la alborada,
van estos dos rumbos ciertos.
Son los dos brazos abiertos
de España crucificada.
Porque, aunque parecen dos,
una sola interna voz
les dice un mismo ideal;
y así, con impulso igual,
invocando a un mismo Dios,
trazada sobre la frente
la misma cruz al partir,
Portugal, por el Oriente;
Castilla, por Occidente,
se buscan, y al coincidir,
las cinco Molucas son
cinco broches de coral
que abrochan el cinturón
de la idéntica ambición
de Castilla y Portugal.

*(Entra ALVARO DE ATAYDE,
viendo el grupo que dis-
cute sobre la esfera.)*

ATAYDE.

¡Y es ésta la que el poeta
llamó "juventud inquieta"
y "vida primaveral"!
Está en pleno el Carnaval,
y estáis haciendo al planeta
consulta de licenciados.

JAVIER.

¡Atayde!

ATAYDE.

¿Cómo seguis
en esta jaula encerrados
cuando está por todos lados
ardiendo en fiestas París?
Rebosando están de gentes
las calles, y como hirvientes
espumas de catarata
rebulle la flor y nata
de las damas complacientes...

OLIVA.

Atayde tiene razón.

ATAYDE.

¡Al figón del Panadero,
que es un alegre figón
en donde se baila al son
la gallarda y el rugero!

BRITO.

(Cogiendo su sombrero.)

No hay quien ponga un estrambote
a tal pregón.

ATAYDE.

Pues ¡al trote!

(Con intención, a JAVIER.)

¿O es que se queda algún necio
a traducir a Lucrecio
y destrozar a Nepote?

JAVIER.

Hay quien no entiende el hechizo
de estas bobas mascaradas,
donde el carmín es postizo
y son las risas forzadas.

ATAYDE.

¡Basta de baladronadas!

*(Coloca una silla en el cen-
tro de la escena. Se sube
y pregona solemne.)*

Señores: Hago saber
la gran novedad del día.

¡Hoy va a hacernos compañía,
para ir al baile, Javier!

(Palmoteo de aprobación.)

BRITO.

Deje la melancolía,
por hoy, nuestro compañero.

OLIVA.

¡Traigan su capa y sombrero!

JAVIER.

¡No traigan nada!

BRITO.

¿Es que hoy
tampoco vienes?

JAVIER.

¡No voy!

BRITO.

¿Por qué así?

JAVIER.

Porque no quiero.

Bastara que lo anunciara
Atayde, de esa manera,
para que, si yo pensara
ir al baile, me quedara
en el Colegio y no fuera.
No torceréis mi opinión.
No voy, porque no consiento
poner el pie en un figón.

OLIVA.

¡Cuestión de gusto!

JAVIER.

¡Y cuestión
de sangre y de nacimiento!

ATAYDE.

¡Ya está la baladronada!
Parece que siempre estás
con tu seriedad forzada
corrigiendo a los demás.

OLIVA.

(Burlón.)

Presume el hombre de espada
bien templada de Toledo,
que, cuando doblarla quieres,
no se dobla y tú te hieres.

ATAYDE.

¿O es que, acaso, tienes miedo
del mundo y de las mujeres?

JAVIER.

Yo sé hacer también, de paso,
el galán lindo y ligero
de los de calzas de raso
y plumilla en el sombrero;
pero cuando llega el caso
sé en mi voluntad poner
todo el peso y el poder
con que se aploma y se agarra
en mis breñas de Navarra
mi castillo de Javier.
Y ahora dejadme pasar.

OLIVA.

¿Dónde vas?

JAVIER.

A demostrar
con hechos estas verdades.
Vosotros, id a bailar;
yo me voy a repasar
mi lección de Humanidades.

(Sale, decidido.)

ATAYDE.

Me enoja más cada día
con su empaque este aguafiesta.

BRITO.

La virtud que no es modesta
raya siempre en ufanía.

FABRO.

Es bueno...

ATAYDE.

Pero confía
en que lo es demasiado.
Peca en todo de extremado;
lleva el bien como quien lleva
al cinto una hebilla nueva
que se ve demasiado.

BRITO.

Ahora el seso le ha sorbido
ese español que ha venido
a estudiar Teología.

OLIVA.

¿Cuál? ¿Uno pobre, raído,
muy dado a la beatería?

BRITO.

El mismo; siempre lo ves
con él hablando despacio,
discutiendo alguna vez...

ATAYDE.

¿Y cómo se llama?

FABRO.

Ignacio
de Loyola.

ATAYDE.

Y ¿cómo es?

FABRO.

Desmedrado; más bien mala
la presencia y la estatura;
la color trigueña oscura,
la barba corrida y rala,
y unos ojos de carbón
que tanto, al mirar, afinan
que más que ver, adivinan
de penetrantes que son.
Por su porte y condición,
a pesar de andar raído,
se ve en toda su persona
la huella de quien ha sido
galán apuesto y florido.

En el cerco de Pamplona,
siendo mozo, le alcanzó
una bala la canilla,
y aunque le desjarretó
los huesos todos, libró
del trance por maravilla.
Sólo un vicio le quedó
del que no pudo librar:
una indecisa cojera
que le da cierta manera
casi graciosa de andar.
Este es el hombre: madera
labrada de tan buen modo,
que sabe llegar en todo
más lejos que otro cualquiera.
Estando herido, en Loyola,
el *Flos Sanctorum* leía,
y en leyéndolo, le hervía
su buena sangre española
de tal modo, que ya ansía,
calzando siempre más puntos
que el que más, llega a ser
más santo que fueron juntos
todos los santos de ayer.
Según ha dado a entender,
ahora anda en trance de ir
a Roma, con intención
secreta de conseguir
licencia de fundación,
pues, según parece, sueña
no sé qué empeño futuro.
Y triunfará, de seguro;
que cuando en algo se empeña,
paso a paso, bien o mal,
repartiendo por igual
la suavidad con el mando,
cojeando, cojeando,
llega siempre hasta el final.

BRITO.

¿Sabes, Fabro, que he pensado
al ver cómo lo has descrito,
que a ti también, te ha embrujado
como al de Navarra?

FABRO.

He dado
su imagen exacta, Brito.

ATAYDE.

¿Sabéis que me está ocurriendo
una burla muy famosa
con que correr y dar vaya
a ese santón de Loyola
y a Javier?

BRITO.

Dinos la idea.

ATAYDE.

No diréis que no es gloriosa.
Esperándome en la esquina
tengo a Violeta, la moza
de partido de más rumbo
que en París bulle y retoza.
Va con nosotros al baile
del figón, hecha una rosa.

OLIVA.

¡Siempre Atayde cazador
de gacelas y de corzas!

ATAYDE.

La hacemos subir de quedo,
y de espaldas, a la sombra
de este rincón, la sentamos
con mi capa y con mi gorra,
de tal modo que parezca
un compañero. La broma
consiste en tocar tres veces
la campana, que es la forma
de llamar a locutorio
si pregunta una persona
por Javier. Nosotros, mientras,
escondidos a la sombra
de estas cortinas, gozamos
del ceño y gesto que ponga
nuestro navarro, al topar
así, de manos a boca,
con el mozo que le aguarda
y que resulta ser moza.

BRITO.

¡Famosa burla!

OLIVA.

El proverbio
de la llama y de la estopa
puesto en acción.

ATAYDE.

En un vuelo
voy por la dama.

(Sale por la izquierda.)

FABRO.

Me enojan
estas burlas, y renuncio
mi parte en trama tan boba.

OLIVA.

Lo dicho: que ese santón
cojitranco de Loyola
también nos lo está cogiendo
con sus redes de gazmoña.
Dentro de poco, el Colegio...
¡un monasterio de monjas!

FABRO.

No tanto; pero no tengo
ganas hoy de entrar en bromas.
Me voy adentro.

BRITO.

Tan sólo
te pedimos una cosa:
no prevengas a Javier
de la burla.

FABRO.

Voy ahora
a pasear al jardín;
no pienso hablar con persona.

BRITO.

Eso basta.

FABRO.

¡Que os divierta
y termine en bien la cosa!

*(Sale por el foro. BRITO
y OLIVA empiezan a dis-
poner los preparativos de
la burla.)*

BRITO.

Y ahora, la escena

OLIVA.

De prisa.
Aquí, a la espalda, el sillón.

BRITO.

Más lejos del cortinón,
que si os estalla la risa
a destiempo, os descubrirís.

*(Entra VIOLETA de la mano
de ATAYDE.)*

ATAYDE.

Aquí tenéis a Violeta,
¡la más linda y más discreta
de las damas de París!

OLIVA.

¡No hay dama de mayor viso
ni de presencia mejor!

ATAYDE.

Para tal corte de honor
era tal reina preciso.

OLIVA.

¡Reina de Amor!

VIOLETA.

De alegría,
que es el reinado mejor.

BRITO.

¡La alegría y el amor
siempre van en compañía!

VIOLETA.

Basta ya, amigos, de flores:
el disfraz...

ATAYDE.

Es bien sencillo:
mi capa y mi bonetillo.

*(Le colocará ambas pren-
das.)*

OLIVA.

¡Perfecto!

BRITO.

Entre los mejores
nunca un alumno tendría
Santa Bárbara mejor.

OLIVA.

Si yo fuera profesor...
¡qué cosas aprendería!

ATAYDE.

Y ahora al sillón.

*(La sienta de forma que
sólo se vea su capa y su
gorra, y parezca un es-
tudiante.)*

BRITO.

Y calladas
las bocas.

VIOLETA.

Vamos, daos prisa,
que me va a vender la risa
si os tardáis.

ATAYDE.

¿Las campanadas?

FABRO.

*(Yendo a un rincón, donde
habrá una campana con
tirador.)*

Ahora mismo se darán.
Señores: una..., dos..., tres...

ATAYDE.

Da comienzo el entremés
de la dama y el galán.

*(Se esconden atropellada-
mente en las cortinas. De
vez en cuando asoman las
cabezas para explorar la
escena. Pausa. Entra JA-
VIER por la derecha. Mira
a todos lados. Se dirige a
VIOLETA.)*

JAVIER.

¿Quién me llama?... ¿No contesta?

*(Se acerca al sillón, impa-
ciente.)*

¿Es que es mudo el compañero?
¡Se ha de quitar el sombrero
sin querer!

*(Por detrás del sillón le
arrebata de un manotazo
la gorra. VIOLETA se le-
vanta. Quedan frente a
frente.)*

¿Qué burla es ésta?

*(Explosión de risa en la
cortina. Salen todos.)*

ATAYDE.

¡Oh prodigiosas mudanzas;
se ha vuelto un hombre mujer!

JAVIER.

¡Y ahora se van a volver,
Atayde, las cañas lanzas!
¿Qué significa este paso?
¿Es pelea lo que quieres?
¿O es que pensabas, acaso,
que me asustan las mujeres?

(Despreciativo.)

Cuando topé en el sillón
con burla tan mal tramada,
tan conocida y usada
y de tan pobre invención,
"Atayde anda al retortero",
fué lo primero que dije.
¡La burla graciosa exige
tener gracia, lo primero!

BRITO.

No merece tal jactancia
la cosa.

JAVIER.

Verdad; le he dado
un exceso de importancia
a un lance tan desdichado.
Dios os guarde. Este criado
humilde, señora mía,
celebra el encuentro y besa
vuestros pies; sólo le pesa
la forma... y la compañía.

ATAYDE.

Espera. ¿A quién te refieres,
Javier, al hablar así?

JAVIER.

Está bien claro que a ti,
¡rodrigón de las mujeres
de esta laya!

ATAYDE.

Una altanera
respuesta tienes a todo.
¡Responde de otra manera!

JAVIER.

¡Pregunta tú de otro modo!

ATAYDE.

(Zamarreándole los brazos.)

¿Así?

JAVIER.

Pues has de saber,
puesto que saberlo quieres,
quién es el "pobre Javier"
de quien has dado en creer
que le asustan las mujeres.
Vosotros id por ahí
mientras mis cuentas se ajustan.
Tú, Atayde, quédate aquí,
que voy a ver si te asustan
ahora los hombres a ti.

ATAYDE.

En seguida. Sólo espero
que me des plazo, primero
—pues no urgirá tanto el drama—
de que acompañe a la dama
al figón del Panadero.

JAVIER.

¡Pronto! Que, como un carbón,
me quema el alma tu ultraje,
y me tarda la ocasión
de enseñarte quiénes son
los hombres de mi linaje.

(Ha entrado IGNACIO DE LO-
YOLA.)

IGNACIO.

Hombres que nacer y mueren,
como todos los demás...

JAVIER.

¡Tú también!

IGNACIO.

...y si les hieren
su pobre orgullo, quizá
peores que animales.

JAVIER.

Yo
no he movido la rencilla.
Atayde fué el que empezó.

IGNACIO.

Y Cristo fué el que enseñó
a poner la otra mejilla.

ATAYDE.

Él lanzó el primer denuesto.

JAVIER.

Me invitaron al figón
y yo me he negado.

IGNACIO.

En esto
no repruebo la intención,

sino la forma y el gesto.
Porque pudiste, en verdad,
sin doblar tu voluntad,
demostrarles tu entereza
con esa misma firmeza...
¡pero con más caridad!

VIOLETA.

Me está aburriendo el sermón.
¿Nos vamos?

ATAYDE.

Voy al figón
y vuelvo en seguida.

(A BRITO.)

¿Vienes?

(BRITO, OLIVA y VIOLETA le
siguen. Antes de salir se
vuelve, burlón, a JAVIER.)

¡Y siento ver que ya tienes
en tu contra hasta el santón!

JAVIER.

No te perdono este inmenso
agravio.

IGNACIO.

Ni es mi intención.
Por este agravio no pienso
pedirte, Javier, perdón.

JAVIER.

Fué áspera la reprensión...

IGNACIO.

¡Más la lija con que das
bruño a una copa, y jamás
perdón la lija ha pedido
a la copa que ha bruñido
para que reluzca más!

JAVIER.

Pero, ¿quién te manda ser
mi guardador?

IGNACIO.

El dolor
de tu alma ardiente, Javier;
me da pena verla arder
sin que dé luz ni calor.
Eres arroyo baldío
que, por la peña desierta,
va desatado y bravío.
¡Mientras se despeña el río,
se está secando la huerta!

JAVIER.

No vive, Ignacio, infecundo
quien busca fama.

IGNACIO.

¡Qué abismo
disimulado y profundo!
¿Qué importa ganar el mundo
si te pierdes a ti mismo?

JAVIER.

¿Quieres quitarme este arder
y este anhelo de triunfar?

IGNACIO.

No te lo vengo a quitar.
que te lo vengo a poner.
Yo no te vengo a tañer
junto al oído un laúd
que, por extraña virtud,
te amodorre en dulce calma;
vengo a poner la inquietud
entre tu vida y tu alma.
Vengo a ensancharte, Javier,
en ti mismo tu medida,
y a hacer que se talle y mida
por tu ambición, tu valer;
quiero en tu tierra poner
nuevas espigas y flores;
templarte en nuevos ardores
el sentimiento y la idea,
y, bruñéndola a dolores,
hacer que tu vida sea,
sin mancha de error ni mal,

como un perfecto fanal
en el que no se adivina
en dónde el aire termina
y en dónde empieza el cristal.

JAVIER.

¿Me quieres, pues, apartado
de todo? ¿Pides, quizá,
que deje hacienda y estado?...
Me pides demasiado...

IGNACIO.

¡Y te ofrezco mucho más!
Tú, el iluso buscador
de fama, gloria y honor,
¿te vas a empequeñecer
cuando te vengo a ofrecer
la fama y gloria mayor?

(Insinuante.)

No busques honor y fama
en blasones y coronas;
ni es eso lo que ambicionas,
ni es eso lo que te llama.
Cuando el aplauso te aclama,
ya piensas que estás llegando
a tu más alto destino.
¡No ves que el tuyo es divino
y que así te estás quedando
a mitad de tu camino!
¿No llevo razón?

JAVIER.

Quizá.

Mientras mi afán más y más
en el mundo se concentra,
hay algo en mí que no encuentra
nunca en el mundo su paz.
Y aunque yo mismo de grado
confesármelo no quiera,
vuelvo de cada quimera
con el airón desplumado
y chafada la cimera.
No me abandones, Ignacio,
en mis dudas interiores.
¿Qué son, dime, estos ardores
por los que nunca me sacio?

Y dime: cuando en las flores
del mundo mi alma se engríe
y hecha risas se deslíe
en un mar de pluma y seda...
¿qué es esto que siempre queda
en mí que nunca se ríe?

IGNACIO.

Eso que queda es la parte
de tu ser que, al ir a ahogarte,
aun sobrenada en el río;
si logro asirla, confío,
de entre sus aguas, salvarte.

JAVIER.

¿En tal peligro me ves?
¿Tan errado anda mi afán?

IGNACIO.

¡Qué mal equilibrio es
éste de andar pies tras pies
por la orilla de un volcán!
¡Y qué expuesto andar así
rebuscando aquí y allí
la manera de ser fiel
para el mundo y para Aquel
que lo dió todo por ti!
¡Deja ya esos devaneos
que te nublan la verdad
y te acortan los deseos!
¿Por qué andar con regateos
con la Generosidad?

JAVIER.

Ignacio, ¡cómo enardeces
con tus palabras mi fe!
Mas soy débil; dudaré
aún de mis fuerzas mil veces
y mil veces le diré
que calle a tu voz amiga;
que es inútil, que no siga
la siembra de tus ideas...;
¡pero tú no me lo creas
por más que yo te lo diga!

Tú, aunque yo otra vez huyera,
obligame de manera
que te obedezca y te siga,
como a un niño se le obliga
a que coma, aunque no quiera.

IGNACIO.

Poco tendré yo que hacer
si tu voluntad cediera;
la buena tierra yerbera,
cuando quiere florecer,
florece sin sementera.
De todos modos, Javier,
queda el pacto concertado.
Y ahora, adiós. Voy a bajar
al jardín, donde he quedado
con Fabro en irle a llevar
unos papeles... ¿Pactado?

JAVIER.

Pactado.

IGNACIO.

¿Y no volverás
ya de tus pasos atrás?

JAVIER.

Dios querrá...

IGNACIO.

El mundo es un vuelo
que pasa pronto... y detrás,
muerte, juicio, infierno o cielo.
Recordarlo es detener
el paso en el precipicio.
¿Quiere algo más mi novicio?

JAVIER.

Nada, Ignacio.

IGNACIO.

Adiós, Javier.

(Sale.)

JAVIER.

(Dejándose caer en un sillón.)

Cielo..., infierno..., muerte..., jui-
cio...

(Ha entrado ATAYDE por
izquierda, a tiempo de oír
el soliloquio de JAVIER.)

ATAYDE.

¿A qué fieles le decía
vuestra merced el sermón?

JAVIER.

Acerca, Atayde, el sillón.

ATAYDE.

Sin finezas: ¿me quería?

JAVIER.

Para pedirte perdón.

ATAYDE.

¿Perdón?

JAVIER.

Sí; por el exceso
de mis palabras de antes:
por mis dichos arrogantes
y mis agravios sin seso.
Atayde, por todo eso
humildemente te pido
perdón.

ATAYDE.

¿Qué nuevas maneras
son esas? ¿Qué ha sucedido
en mi ausencia...? ¿Es que has
bebido?

JAVIER.

¡Insúltame cuanto quieras,
que lo tengo merecido!

(Se arroja, de rodillas, a
sus pies.)

Yo el que me ufano de estar
sobre todos y arrostrar
las ajenas voluntades,

no sé vencer mis ruindades
ni mis pasiones domar.
Soy luz y barro del suelo;
soy el polvo y el anhelo
puestos en perpetua guerra;
soy un poquito de tierra
que tiene afanes de cielo.
Tan pronto la tierra toco
como al cielo me levanto:
¡no hay necio más vano y loco
que yo, que, aspirando a tanto,
he conseguido tan poco!
¡Despréciami!

ATAYDE.

¿Es que así quieres
borrar la baladronada
de tu reto?... ¡Perdonada!:
contra niños y mujeres
no desenvaino la espada.

JAVIER.

¡Atayde!

ATAYDE.

¡Cobarde!

JAVIER.

(Reprimiéndose.)

¡Di

cuanto quieras!

ATAYDE.

¡Bobo!

JAVIER.

Así:

sigue, sigue; ¡qué delicia,
de agua fresca, la caricia
de tus insultos, en mí!

(Ha entrado por la dere-
cha IGNACIO con PEDRO
FABRO.)

IGNACIO.

¿Qué pasa?

ATAYDE.

Nada: ¡este loco!
Vuelvo a hablarle: le provoqué...
¡y se ha vuelto tan modesto,
que se me entrega!

IGNACIO.

No es esto lo que te he dicho, tampoco.

ATAYDE.

Basta: el que guste que venga
al baile, ¡que Atayde jura
darle respuesta segura!

IGNACIO.

Dios le guarde: y no le tenga
en cuenta tanta locura.

(Sale ATAYDE por izquierda.)

Hiciste mal.

JAVIER.

¿Fue delito
el humillarse?

IGNACIO.

No quito
nada a tu afán generoso;
pero te quiero... un poquito
menos dado a lo extremoso.
No exaltes tu nadería;
que, entre verdad y falsía,
apenas hay una tilde...
y el ufanarse de humilde
modo es también de ufanía.
Te quiero humilde, sin tanto
derramamiento de llanto
y engolamiento de voz.
Te quiero siervo de Dios...,
¡pero sin jugar al Santo!

JAVIER.

(Triste.)
¡Yo que pensé, Ignacio mío,
que era a tu palabra fiel!

IGNACIO.

Lo has de ser con menos brío:
cuando suena mucho el río
es porque hay piedras en él.

JAVIER.

Tienes razón.

IGNACIO.

La salud
no se siente: se recrea,
sin sentirse, en su quietud.
Virtud que se paladea,
apenas si es ya virtud.

JAVIER.

¡Enséñame a conocer
la virtud cierta!

IGNACIO.

Javier,
no hay virtud más eminente
que el hacer sencillamente
lo que tenemos que hacer.
Cuando es simple la intención,
no nos asombran las cosas
ni en su mayor perfección.
El encanto de las rosas
es que, siendo tan hermosas,
no conocen que lo son.

(Suena un toque de campana.)

JAVIER.

El toque de recreación...
Pensaba ir a estudiar,
pero mudo de intención.

IGNACIO.

¿Qué piensas hacer?

JAVIER.

Bajar
al jardín. Junto a la fuente
gozaré el fresco relente
de la tarde... ¿Es así, Ignacio?

IGNACIO.

Así, Francisco: despacio;
despacio... y sencillamente.

(Sale JAVIER, derecha.)

FABRO.

¡Qué bien lograste vencer!

IGNACIO.

Pedro Fabro: en Javier fundo
mi ilusión y mi placer;
que si yo gano a Javier,
Javier me ganará un mundo.

FABRO.

¿Tanto esperas de su ciencia?

IGNACIO.

Y de su alma arrebatada,
si logra ser encauzada
con mansedumbre y paciencia.
Vencida su inexperiencia,
domada su vanidad,
de él espero, si me es fiel,
milagros de santidad...

(Va a salir, y vuelve.)

¡Pero tú, por caridad,
no se lo digas a él!

TELON

ACTO I

En Roma. Sala modestísima en la primera casa de la Compañía de Jesús. Puertas laterales. Ventana al fondo. Están el P. DIEGO LAÍNEZ, leyendo. Conversando, el P. PASCUAL BROET y el P. ALONSO SALMERÓN.

En el momento de levantarse el telón entra por izquierda el P. PEDRO FABRO.

P. BROET.

Padre Fabro, ¿qué tal andan
esos pies?

P. FABRO.

Mucho mejor
que se merece la carga
que llevan, gracias a Dios.

P. BROET.

¿Llegó al hospital?

P. FABRO.

Llegué.

P. BROET.

¿Mucho quehacer?

P. FABRO.

No faltó
ni gavilla a la guadaña,
ni guadaña al segador.

P. SALMERÓN.

Repóse: que ya pronto
tocarán a colación.
¿Ha estado por los jardines
antes de subir?

P. FABRO.

Yo, no.
¿Por qué lo pregunta?

P. SALMERÓN.

Porque
me ha trascendido un olor
de la sotana del padre
como de rosas en flor.

P. FABRO

No me digas boberías...
¡olores de rosas yo,
cuando vengo de asistir
los leprosos!

(Tras una vacilación.)

Aunque... no;
no puede ser.

P. BROET.

¿Qué pensaba?

P. FABRO.

Nada digno de atención.

P. LAÍNEZ.

Dígalo por obediencia,
padre Fabro.

P. FABRO.

Digo yo
—y que lo dicho redunde
en mayor gloria de Dios—
que esta tarde hube de oír
moribundo, en confesión,
a un leproso que fué en vida
muy famoso malhechor.
Horas me costó de lucha
mover su alma a contrición
y sacar de entre la arena

de su mala condición
ese poquito de oro
que a nadie niega el Señor;
pero escarbé con tal gana,
que topé con el filón.
Absuelto de sus pecados,
gran consuelo le inundó,
y deshecho en puras mieles,
me abrazó con tal amor
que por toda la sotana
sus llagas me restregó:
¡acaso esas rosas fueron
las que dieron tal olor!

P. SALMERÓN.

¿No oléis? ¿No oléis...? ¡Se ha lle-
Inado.
de rosas la habitación!

P. LAÍNEZ.

¡Qué fantasía de fuego
tenéis, padre Salmerón!
Si os oyera el padre Ignacio,
os llamara soñador.
Abrid, padre, la ventana.
Ved los jardines en flor.
Ya se va marzo, y abril
le está pisando el talón.
¡La primavera de Roma,
ése era todo el olor!
¿Para qué buscar milagros
y prodigios, sin razón?
Miradla... ¡la primavera...!
¿Queréis milagro mayor?

(Entra por izquierda el PA-
DRE IGNACIO DE LOYOLA.)

P. IGNACIO.

¿Qué mirabais?

P. SALMERÓN.

Los colores
de este jardín, que de olores
llena estas proximidades.

P. IGNACIO.

Está bien. Cerrad...; las flores
desmayan las voluntades.

P. BROET.

¿Anduvo en la curia?

P. IGNACIO.

Con
Micer Diego, en petición,
pues allá andaban remisos,
de unos papeles, precisos
para la empresa y misión
de las Indias.

P. SALMERÓN.

Portugal
llevar a Oriente querría
seis misioneros.

P. IGNACIO.

¡Y cuál
mi gusto en darlos sería,
si hubiera en la Compañía
bastantes!... Por esta vez,
mi señor Don Juan tercero,
se valdrá con dos o tres.
Los viñadores son diez...
¡y la viña el mundo entero!
Me ha dado mucho dolor
tenérselo que decir
anoche al embajador
Mascareñas.

P. SALMERÓN.

Que el Señor
le dé acierto en elegir
los hombres, es lo que importa:
que, en siendo siervos de Dios,
aunque no pasen de dos,
a la larga o a la corta
cogerán buen trigo.

P. IGNACIO.

Voz
de verdad, hijo, es la vuestra.

Dénme poca gente y diestra.
El Señor se satisface
con ello, que así se muestra
más claro, que es El quien hace
la labor... Esta semilla
del Oriente, hago intención
de darla al padre Simón
Rodríguez y a Bobadilla.

P. LAÍNEZ.

Muy acertada la elección.

P. IGNACIO.

Aquél debió de llegar
a Lisboa ayer mañana.
Bobadilla ha de tardar
algún tiempo, hasta sanar
de una maligna cuartana
que le tomó, y entorpece
mis designios.

P. LAÍNEZ.

¿No parece,
padre, que la Compañía
nunca halla fácil su vía?

P. IGNACIO.

¡Señal de que lo merece!
No se puede fabricar
aceite sin estrujar
la aceituna en el molino,
ni se puede hacer buen vino
sin la pisa y el lagar.
Por eso, porque la fría
ventisca cruda y bravía
enjuta la carne sana,
al pedir cada mañana
a Dios por mi Compañía,
yo no le pido favores
ni senda llana entre flores;
le pido persecución...
¡y al mismo tiempo, perdón
para los perseguidores!

(Empiezan a oírse diversas
campanas lejanas, que to-
can las ánimas. Se le-
vanta el P. IGNACIO.)

P. BROET.

Campanas... ¿Qué toque es ése?

P. IGNACIO.

Las ánimas... Rezaremos.

(*Rezan en silencio.*)

Buenas noches nos dé Dios
y parte en su Santo Reino.
Si mis hijos no me mandan
otra cosa, voy adentro
para escribir.

P. SALMERÓN.

Padre Ignacio,
no quite, por Dios, del sueño
tantas horas, que le dañan
la vista y cansan el cuerpo.

P. IGNACIO.

Hijos, hay muchos papeles
y menesteres por medio.
Si todo fuera el andar
en oraciones y rezos,
en visitar hospitales
y predicar en los templos,
regalo fuera la vida,
llena toda de consuelos.
Pero tiene su hora todo,
y entre Salve y Padrenuestro,
hay que ajustar bien las cuentas
del mozo y del recadero:
que para que no se pierdan
de sutiles, en el cielo,
quiere el Señor que sus obras,
aun las de más fino intento,
tengan sillares de piedra
y dura armazón de hierro.

(*Inicia la salida por izquierda.*)

P. LAÍNEZ.

Bendíganos.

P. IGNACIO.

Dios les guarde.
No me olviden en sus rezos.

(*Cuando va a salir, entra,
algo precipitadamente,
FRANCISCO JAVIER, ya de
sotana.*)

JAVIER.

Padre Ignacio, padre Ignacio,
no se vaya a su aposento
sin que me alcance un poquito
de bendición.

P. IGNACIO.

El postrero
en llegar a casa, y siempre
en exigir el primero...

(*Bendiciéndole.*)

Padre Francisco, que Dios
le bendiga y le dé el cielo.

(*Sale.*)

P. SALMERÓN.

¿Cómo empleó la jornada,
padre?

JAVIER.

Cuidé una apestada;
hice, en San Juan, confesiones;
preparé algunos sermones...
¡no tuve tiempo de nada!

P. FABRO.

¡Pues si lo llega a tener!

JAVIER.

Hay que andar más diligente,
que es mucho, padre, el quehacer.

P. SALMERÓN.

¿No sabe el padre Javier
las novedades de Oriente?

JAVIER.

Sólo sé que el padre Ignacio
prepara allá una misión,
y aunque sigue en intención
de cumplirla, va despacio.

JAVIER.

¿Por qué hacer del *Finis terrae*
nombre de magia que cierre
la senda a toda intención?
Hombre es de corta ambición
el que sus ansias encierre
en palabra tan ruin...
¡Mientras exista un confín
de tierra, sin adorar
al que nos vino a salvar,
la tierra no tiene fin!
Me ilusiona esta misión
de Oriente...; ¡qué maravilla
llevar la nueva semilla...!

P. LAÍNEZ.

(*Interrumpiéndole.*)

¿Habla del padre Simón
Rodríguez y Bobadilla?

JAVIER.

Hablaba en suposición,
padre Laínez: que aunque son
torpes y cortos mis hechos,
¡también tiene sus derechos
la pobre imaginación!

(*Un toque de campana.*)

P. BROET.

A recogerse han tocado.

P. LAÍNEZ.

No pensé fuera tan tarde.
Dios con todos.

P. FABRO.

Que El os guarde.

P. BROET.

Igual digo...

(*Han salido todos, menos
JAVIER. Se levanta. Se llega
a la imagen de la Virgen
que había sobre una
repisa con una lamparilla
apagada.*)

¡Qué momento de emoción
al llegar allá, el momento
de gritarles: "Escuchad...",
y romper con nuestro acento
la virginidad de un viento
que nunca oyó la Verdad!

P. LAÍNEZ.

Libre su imaginación
de sueños.

JAVIER.

¿Pues quiénes son
los que han de echar la semilla
de Oriente?

P. LAÍNEZ.

El padre Simón
Rodríguez y Bobadilla.
Esta es la candidatura
del padre.

JAVIER.

Se me figura
que de entre sus sembradores,
no pudo hallarlos mejores
para una siembra tan dura.
¿Sólo... ellos dos?

P. LAÍNEZ.

¿No os agrada
que vayan solos los dos?

JAVIER.

Nadie sabe nunca nada
de los designios de Dios.

P. LAÍNEZ.

Pienso que os gustara a vos
traspasar con osadía
esos cabos extremados
donde, en la cartografía,
ponen con tanta ufanía
Finis terrae los letrados...

JAVIER.

Se ha secado
la lamparilla, y no arde.

(Sale y vuelve con una aceitera. Prepara la lámpara. Se queda mirando la imagen y empieza a decir:)

Señora, ten compasión
de este pobre ufano y loco,
que hace por tu amor tan poco
siendo tanta su ambición.
Yo, el que, en imaginación
ya me veía llegar
a la Indias a sembrar
la nueva y santa semilla...
¡me he quedado para echar
aceite en tu lamparilla!
¡Mi pobre talla no alcanza
las grandezas que fingí!

*(Se le transfigura la cara.
Cae de rodillas.)*

Pero, ¿me miras...? ¡Oh... sí...!
¡Me das tanta confianza
cuando me miras así!
Si la Señora quisiera...
Yo no sé si acertaría...
¡yo sólo sé que lo haría
lo mejor que yo pudiera!

*(Entra, por la izquierda, el
LEGO con una luz. JAVIER
se levanta: quiere fingir
un tono natural.)*

¿Qué buscabais?

LEGO.

La aceitera.

JAVIER.

(Dádosela.)

Ya la eché: y ved la manera
de acordaros, por si un día
no puedo yo... Lo decía
por si hubiera de emprender
algún día un viaje largo.

LEGO.

¿Va a Oriente el padre Javier?

JAVIER.

No voy... Pero sin embargo,
¡por lo que pudiera ser!

*(Salen en aquel momento,
por izquierda, el P. IGNA-
CIO y DON PEDRO MASCA-
REÑAS, EMBAJADOR DE POR-
TUGAL, en animada plá-
tica.)*

P. IGNACIO.

Dada la urgencia del caso
le hablaremos, que podría
frustrar la empresa un retraso.

(Al ver a JAVIER.)

¿Quién es...? Dios le pone al paso,
qué buscándole venía.
El señor embajador
Mascareñas, mi señor,
a comunicarme viene
que por noticia que tiene
de mi hijo y su servidor
Bobadilla, le ha arreciado
la cuartana hasta tal grado,
que no parece prudente
que emprenda la marcha a Oriente
en tal situación y estado.

MASCAREÑAS.

No es posible.

JAVIER.

¿Y no podría
la misión si fuera igual,
demorarse?

MASCAREÑAS.

No sería
prudente; pues yo querría,
al volver a Portugal,
cosa que atrasar no quiero,
llevar en mi expedición
y séquito, al misionero
que vaya a ser compañero
allá del padre Simón
Rodríguez.

JAVIER.

Es un dolor
que pierda tal sembrador
el Oriente y tal semilla.
¡Ninguno lo hará mejor
que Nicolás Bobadilla!

P. IGNACIO.

Mas con esta enfermedad
del padre, con claridad
dice el Señor, según veo,
que aunque ése fué mi deseo
no es ésa su voluntad.

JAVIER.

¿Si su voluntad no es ésa,
cuál es, padre?

P. IGNACIO.

A mi entender,
para Navarra y Javier
quiere el Señor esta empresa.

*(Pausa. JAVIER ha inclina-
do la cabeza)*

¿Cómo no os causa sorpresa
la noticia?

JAVIER.

La esperaba.

P. IGNACIO.

Pues ¿por qué no lo pedía?

JAVIER.

Porque si Dios lo quería,
¿para qué necesitaba
ninguna palabra mía?

MASCAREÑAS.

¿De este modo simple y llano
a un mundo nuevo y lejano
entregáis vuestra persona?

P. IGNACIO.

Para el que nada ambiciona,
todo el mundo está a la mano.

MASCAREÑAS.

¿Cuándo hacemos el viaje?

P. IGNACIO.

Como no luce ni gasta
más atavío ni traje,
no tardará en su equipaje.

JAVIER.

Con dos minutos me basta:
el primero para dar
gracias a la Soberana,
y el otro para guardar
mis libros... y remendar
un poquito la sotana.

MASCAREÑAS.

¿Tiene alforjas de camino?

JAVIER.

Ya tengo dado ese paso.

P. IGNACIO.

Pues ¿cómo así se previno?

JAVIER.

Como es tan vario el destino...
¡me preparé por si acaso!
Hace dos tardes pasó
por la puerta un albardero
que, no teniendo dinero,
como limosna, me dió
unas alforjas, y yo
las dejé tan lindamente,
remendando sus costales.

P. IGNACIO.

Javier, con estas señales
Dios nos habla mansamente.
Honr es éste de Oriente
que te estaba concedido.
¡Ahora sí, Javier querido,
que puede en tu corazón
estallar esa ambición
que tanto te he corregido!

Ya no es agua que, deshecha,
se despeña en el barranco:
ya va a su objeto derecha
lo mismo que va una flecha,
sobre los vientos, al blanco.
Ni es de temer, hijo mío,
que se pierda ya en baldío
tu loco afán impaciente...;
¡ya tiene cauce el torrente
para convertirse en río!

MASCAREÑAS.

¿Entonces?

JAVIER.

Pongo en sus manos
mi voluntad.

P. IGNACIO.

Llame el lego
a los padres porque sepan
las nuevas y, como buenos
hermanos, compartan todos
la tristeza y el contento.

(Sale el LEGO por derecha.)

MASCAREÑAS.

Si Dios es servido, entonces
mañana mismo saldremos.
Y esta misma noche, padre
Javier, si no os es molesto,
debéis venir a mi casa,
donde hagamos los pertrechos
del viaje.

JAVIER.

Si el padre Ignacio
no manda otra cosa, es hecho.

(Entran, por derecha, todos
los PADRES con el LEGO.)

P. IGNACIO.

Pasad, hijos, que os quería
participar un suceso.
El padre Nicolás sigue
en Nápoles tan enfermo

que no podría llegar
a Lisboa en mucho tiempo:
con lo que he determinado
que vaya, sustituyéndolo
—pues la marcha apremia—el padre
Javier, vuestro compañero.

P. SALMERÓN.

¡Padre Javier!

P. BROET.

Dios bendiga
su empresa.

P. LAÍNEZ.

Salió con ello.

JAVIER.

Padre Láinez, ¡los navarros
somos, a veces, tan tercos!

P. FABRO.

¡Cómo han venido a tomar,
padre Javier, bulto y cuerpo
aquellas divagaciones
sobre el mapa del Colegio!

JAVIER.

¿Te acuerdas, tú cuántas veces
anduve con el puntero
las mismas rutas que ahora
voy a andar en alma y cuerpo?

P. FABRO.

Antes de echar la simiente,
para no errar el esfuerzo
mediste las sementeras
con ojo de buen campero.

P. LAÍNEZ.

¿Y cuándo harán el viaje?

MASCAREÑAS.

Mañana mismo emprendemos
la marcha; mas ya esta noche
me honro dando alojamiento
al padre Javier.

P. FABRO.

¿Tan pronto?

P. SALMERÓN.

¿Por qué ese apresuramiento?

P. IGNACIO.

Más vale así: que se acortan
blanduras del sentimiento.
Las grandes resoluciones,
para su mejor acierto,
hay que tomarlas al paso
y hay que cumplirlas al vuelo.

MASCAREÑAS.

Entonces, si no me mandan
otra cosa...

JAVIER.

Sólo quiero
que me déis por despedida
la bendición y el consejo.

P. IGNACIO.

Yo te bendigo, Javier:
que Dios bendiga tus hechos.
A grandes empresas vas
y no hay peligro más cierto
que éste de que, arrebatado
por el afán del suceso,
se te derrame por fuera
lo que debes guardar dentro.
La vida interior importa
más que los actos externos;
no hay obra que valga nada
si no es del amor reflejo.
La rosa quiere cogollo
donde se agarren sus pétalos.
Pídele a Dios cada día
oprobios y menosprecios,
que a la gloria, aun siendo gloria
por Cristo, le tengo miedo.
No te acuestes una noche
sin tener algún momento
meditación de la muerte
y el juicio, que a lo que entiendo,

dormir sobre la aspereza
de estos hondos pensamientos
importa más que tener
por almohada, piedra o leño.
Cada mañana tendrás
con la Señora, algún tierno
coloquio, donde le digas
esos dolores secretos
que a la Madre se le dicen
de modo más desenvuelto
que no al Padre, que por ser
el Padre, da más respeto.
Mézcleme, de vez en cuando,
en el trabajo requiebros
y jaculatorias breves,
que lo perfuman de incienso.
Ni el rezo estorba al trabajo,
ni el trabajo estorba al rezo.
Trenzando juncos y mimbres
se pueden labrar a un tiempo,
para la tierra un cestillo
y un rosario para el cielo.
Escríbeme, por menudo,
tus andanzas y sucesos;
ni los agrandes por vano,
ni los calles por modesto;
que de Dios serán las glorias
y tuyos solos los yerros.
Piensa que ya en esta vida
no volveremos a vernos.
Te emplazo para la gloria,
que para los dos la espero
por la bondad del Señor,
que no por méritos nuestros.
Mientras tanto, Javier mío,
porque no nos separemos,
llévame en tu corazón,
que en mi corazón te llevo.

JAVIER.

Perdonadme, padre Ignacio,
que no diga lo que siento.
Vos que entendéis a las almas,
traducidme este silencio;
que vos me habéis enseñado,

con la lección y el ejemplo,
a ser de expresión más corto
cuando es más largo el afecto.
Hermanos, que no olvidéis
a Javier en vuestros rezos.

MASCAREÑAS.

Vamos, porque no veáis
a un embajador haciendo
pucheros como un infante...

JAVIER.

Vos mandáis

MASCAREÑAS.

Tan sólo siento
la grave incomodidad
del viaje que emprendemos.
Por toda Roma mis pajes,
tan mal anda este comercio,
sólo encontraron tres mulos
con honores de jamelgos
y una mula coja.

JAVIER.

¡Nadie
me dispute a mí el derecho
de montar la mula coja,
que yo la pido el primero!

MASCAREÑAS.

¡En mula coja un soldado
de Navarra!

JAVIER.

Y no la cedo.
El padre Ignacio me tiene
muy reprendido este fuego
de mi impaciencia, y así
no me vendrá mal, espero,
que lo que ande yo de más
lo ande la mula de menos.
Vamos, pues, en mula coja,
a las Indias, compañeros;
que así, pasito a pasito,
se irán templando y supliendo
la cojera de mi mula
y la ambición de mis sueños.

*(Va a salir con MASCAREÑAS,
por izquierda, cuando cae el*

TELON

ACTO II

CUADRO PRIMERO

Sala en el Palacio Real de Lisboa. A izquierda del foro, puerta, y otra, en chaflán, con cortinas, a la derecha. Sentados en cojines y taburetes, platican, en un rincón, DON MARTÍN ALONSO DE SOUSA, el CONDE DE CASTAÑEDA, DON ALVARO DE ATAYDE, el EMBAJADOR MASCAREÑAS y UNA DAMA.

DON MARTÍN.

Todo está presto; cargada
la galera y prevenida;
la gente a bordo; podemos
zarpar hoy mismo a las Indias.

CASTAÑEDA.

Su Alteza, según me han dicho,
recibe esta tarde misma
en audiencia a los dos padres
de la nueva Compañía
que van a Oriente.

DON MARTÍN.

Eso dicen.
Parece que el Rey quería
que quedasen en Lisboa
y no fuesen a las Indias.

MASCAREÑAS.

Pero dicen que el infante
don Enrique es el que opina
que no es justo que la Corte
quite ese bien a las Indias;
que aquí no necesitamos,
como allá los necesitan,
misioneros que nos cuenten
la verdad.

DAMA

Pues yo querría
que se quedaran los padres
en la Corte.

ATAYDE.

Igual afirman
todas las damas, que están
con los padres como niñas
con zapatitos de raso.
Todas son, conde, visitas
y andar de iglesia en iglesia
y murmurar: ¿Quién predica?
¿A qué hora empieza el viacrucis?
¿Qué padre dice la misa?
¡Mal año para galanes
este año de sacristías
y pláticas de convento
y devociones de almíbar!

CASTAÑEDA.

Eso será aquí en Palacio,
donde es la tierra más fría.
que en los barrios y en las plazaz
del muelle y la judería,
como es más simple la tierra
bien que prendió la semilla.
Las iglesias de los barrios
rebotan cuando predicán;

para escuchar confesiones
le faltan horas al día,
y cuando a la calle salen
tras el sermón o la misa,
niños le siguen el paso,
flores las mozas les tiran.
Los muelles no son los muelles
que antaño se conocían:
seminarios de truhanes
y lonjas de picardía.
Ya se conciertan en paz
los fletes y mercancías,
y las firmas se respetan
y las palabras se estiman.
En fin, dirán lo que quieran,
pero esta es la verdad fija:
la Lisboa de los hurtos,
las pendencias y las riñas,
como una calza de seda
la han vuelto de abajo arriba.

ATAYDE.

Si es eso, ¡también la Corte!,
que el Rey tanto les estima
que por ellos quiere hacer
de nosotros cenobitas.

DAMA.

Publicar dicen que quieren
un decreto con su firma
ordenando que sus pajes
confiesen cada ocho días.

ATAYDE.

Yo he conocido en París
a Ignacio y su Compañía,
¡y os digo que el mundo todo
se trueca donde ellos pisan!

MASCAREÑAS.

Yo he visto al padre que traje
desde Roma, maravillas.
Cuando de allí, a Portugal
con mi séquito venía,
pasamos, allá en Navarra,

casi por la puerta misma
del castillo de Javier,
donde su madre tenía.
Yo le advertí que con sólo
detener la comitiva
breves horas, abrazarla
sin dificultad podía,
pues era fácil que nunca
la viera más en la vida.
"La eternidad es muy larga
—me dijo—, y llevamos prisa."
Y aguijó la mula coja
que desde Roma traía.
Pero yo, Atayde, vi luego
que cuando el sol se ponía,
quebraba su luz en algo
que le brillaba en la vista.
Como yo le preguntaba
con sencillez me decía:
¡Es que me lloran un poco
los ojos con la ventisca!

ATAYDE.

Yo no dudo que son santos,...
¡pero hay santos que atosigan!

DAMA.

Pues vos bien que estáis, Atayde,
con él de continuo.

ATAYDE.

Hija,
las necesidades mandan
y los negocios obligan.
Ando tras él porque quiero
que él a Su Alteza le pida
lo que a él puede concederle
y a mí me lo negaría.

DAMA.

¿Y qué es ello?

ATAYDE.

Una licencia
para pasar a las Indias.

DON MARTÍN.

¿También queréis ir allá?

ATAYDE.

También, don Martín, que es linda
la esperanza y la fortuna
que los que allá fueron pintan.
Cargando cinco galeras
de clavo y canela fina,
con buena suerte en el mar
y en el precio buena vista,
puede hacerse allá fortuna
sin gran sudor ni fatiga.
Ved el caso de Juan Freytas,
que ha dos años fué a las Indias:
ropas de lana llevó;
las trajo de seda fina.

MASCAREÑAS.

¿Y en eso estáis empleando
al padre Javier?

ATAYDE.

Querría,
valido de la amistad
y la camaradería
de París, que le pidiera
licencia al Rey, que es sabida
las dificultades grandes
que en concedérlas había.

(Entra por derecha un
PAJE.)

PAJE.

(Dirigiéndose al CONDE DE
CASTAÑEDA.)

Señor: están aguardando
para la audiencia ofrecida
los padres.

CASTAÑEDA.

Pasen aquí
sus reverencias.

DAMA.

¡Qué dicha!

(Levanta el PAJE la corti-
na para dejar paso al PA-
DRE SIMÓN RODRÍGUEZ y al
P. FRANCISCO JAVIER.)

MASCAREÑAS.

Vengan el padre Simón
y el padre Javier.

(Los padres hacen una re-
verencia al grupo. Se que-
dan algo retirados y con-
fusos.)

JAVIER.

No tarde
en anunciarnos.

CASTAÑEDA.

Ya le arde
a Su Alteza el corazón
por verles; admiración
será que no se arrodille
cuando lleguen.

DAMA.

(A JAVIER, con beatífico
embeleso.)

Ante el padre
no hay mirada que no brille,
ni frente que no se humille...

JAVIER.

¡Ni perro que no me ladre!

DAMA.

Si vais a salir mañana,
según Su Alteza dispuso,
un trocito de sotana
me daréis.

JAVIER.

Es cosa vana
que como se pone al uso
llevar así los embozos
o bailar así tal baile,

ahora usen damas y mozos
esto de colgarse trozos
de la sotana del fraile.

DAMA.

Esas son muestras de amor
y del afecto invenciones.

JAVIER.

Cuélguese en los corazones
mis consejos, que es mejor.
No vale andar en sermones,
y en la misa y el rosario
para que luego el diario
de la vida siga igual.
Señora: en la catedral
tengo mi confesonario.

DAMA.

Mil gracias.

JAVIER.

A vuestros pies.

ATAYDE.

Tanta franqueza y desgarro
rayá casi en altivez.

JAVIER.

Perdón: ¿es que alguna vez
me acuerdo que soy navarro!

(A ATAYDE, que se ha se-
parado un poco del grupo
—que queda cuchichean-
do— y ha ido en segui-
miento de JAVIER.)

¿Y tú?

ATAYDE.

Sólo de tu mano
depende, padre Javier,
mi ida a Oriente.

JAVIER.

Bien, hermano;
¿pero irás como cristiano
o irás como mercader?

Porque si en mí está lograr
la licencia, me resisto
a que traspases el mar
para desacreditar
ante los negros, a Cristo.

DON MARTÍN.

Cuando ese ardor que hoy le em-
le pase, padre, a la larga, [barga
ya verá que los infieles
no sirven más que en la carga
de galeras y bajeles.
Sólo hay que ver prisioneros
en ellos.

JAVIER.

Con esas leyes
de egoísmos altaneros,
lo que hagan los misioneros
lo desharán los virreyes.

DON MARTÍN.

Son unos pobres paganos
sin religión.

JAVIER.

Son hermanos;
siguen la ley natural...
Acaso muchos cristianos
no pueden decir igual.
Ellos viven al mandar
de su instinto, como potros.
Saben creer o matar,...
¡pero no saben andar
a medias, como vosotros!
Si los voy a bautizar
es por hacerlos más sanos;
mas cuenten que, con mis manos,
os bautizara lo mismo
si hubiera un otro bautismo
para los malos cristianos.

DON MARTÍN.

No estuvo el sermón oscuro.

JAVIER.

Agua clara y vino puro.

ATAYDE.

Y su poco de arrogancia.

JAVIER.

Soy blando con la ignorancia;
con la tibieza soy duro.

DAMA.

(Oyendo que alzan las vo-
ces.)

Cállense, que el discutir
no termina como empieza.

DON MARTÍN.

¿Vámonos? Voy a salir.

CASTAÑEDA.

Y yo voy a prevenir
de la visita a Su Alteza.

(Salen todos, menos los pa-
dres, por derecha. Por iz-
quierda, CASTAÑEDA.)

P. SIMÓN.

Ha estado algo inconveniente.

JAVIER.

Acaso, padre; mas cuente
que como es tanto el quehacer
¡no tengo tiempo de ser,
a más de todo..., prudente!

(ATAYDE, que ha salido con
los demás por derecha,
vuelve a entrar al en-
cuentro de JAVIER.)

ATAYDE.

Javier, el Rey va a llegar
muy pronto para la audiencia;
¿le pedirás la licencia?

JAVIER.

¿Os vais, Atayde, a enmendar
de vuestros yerros y males?
Porque, si no os corregís,
seremos, como en París,
enemigos y rivales.

ATAYDE.

Yo prometo, padre, ser
mejor que he sido hasta ahora.

(Entra, por derecha, DOÑA
LEONOR DE ARIZA, cama-
rista de la Reina, con el
rostro cubierto, como bus-
cando, azoradamente, a
alguien.)

DOÑA LEONOR.

¿Está aquí el padre Javier?

JAVIER.

Alzad el velo, señora.

DOÑA LEONOR.

¡Atayde!

ATAYDE.

Leonor, ¡qué bien
mis pisadas has seguido!

DOÑA LEONOR.

Buscando al padre he venido,
mas porque escuches también
mis palabras, te ha traído,
sin yo buscarte, el Señor.
Sé, padre, cómo el dolor
de los demás atendéis,
y aquí vengo a que escuchéis
las querellas de mi amor.

ATAYDE.

Con el Rey tiene una vista;
no puede escuchar ahora.

JAVIER.

Siempre escucho a quien implora.
¿Quién sois?

DOÑA LEONOR.

Una camarista
de la Reina, mi señora,
a quien ese seductor,
de modo torpe y ruín
le robó fama y honor,

como se roba una flor
al pasar por un jardín.
Acudió al llanto y al ruego,
me juró ser siempre fiel,
y engañando al amor ciego
con sus miradas de fuego
y sus palabras de miel,
puso cerco desleal
a mi honor, que tras el brillo
de una esperanza ideal,
se rindió como un castillo
con almenas de cristal.
Fuí suya, padre, fiada
de su honor de caballero,
¡y ahora me deja tirada,
como una pluma chafada
que se quita del sombrero!

ATAYDE.

¡No hagáis caso!

DOÑA LEONOR.

¿En qué he mentido?

ATAYDE.

Bien sé yo lo que pretendes,
y no me verás cogido
en el lazo que me tiendes,
como un pájaro.

DOÑA LEONOR.

No pido
que te mires en mis ojos
como un día te miraste.
¡Sólo ya pido de hinojos
que te llesves los despojos
del honor que me robaste!

ATAYDE.

No hay cosa que más me enoje
que esa sentencia tan boba;
el honor nunca se roba,
sino que se da... ¡y se cogel
Ladrón será aquel que escoge
alguna rosa especial
y, derribando el tapial,

la roba; no el que, al acaso,
coge la rosa que, al paso,
le está ofreciendo el rosal.
¿No estás conforme, Javier?

JAVIER.

Al quererte defender,
tu mismo anhelo te acusa;
ladrón es todo el que abusa
del honor de una mujer.
Y ahora empiezo a vislumbrar
por qué quieres embarcar
para las Indias; ¡allí
se está bien, dejando aquí
las cuentas por liquidar!
En París ya prometía
mucho el mozo, y ya tenía
buena anchura su conciencia,
¡mas no tanto!... Así le urgía
tanto al hombre la licencia
que, con arte, quiso hacer
cómplice suyo a Javier.
Pero Javier no es tan necio.
La licencia tiene un precio:
¡el honor de esa mujer!

ATAYDE.

¿Qué dices?

JAVIER.

Que no saldrás
con tu anhelo y ambición,
Atayde, si antes no das
a tu mal reparación.
Piensa que tu perdición
puedes labrar de otro modo.
Sabes que el Rey no consiente
tales modos en su gente.
Si yo se lo digo todo,
puede ser que en vez de a Oriente
vayas a dar con la ley...

ATAYDE.

Yo prometo que al tornar
de Oriente...

JAVIER.

¡Antes de embarcar
ha de ser la boda!

UN PAJE.

(Abriendo la cortina de la
izquierda.)

¡El Rey!

JAVIER.

(Invitando rápidamente a
LEONOR y ATAYDE a pa-
sar, por derecha, a una
sala contigua.)

Aquí junto habéis de estar.
¡Ya conoces tu deber!

ATAYDE.

¡Pero me has de prometer
la licencia!

JAVIER.

La tendrás.

(Todo esto ha sido dicho
muy rápido, mientras sa-
lian ATAYDE y LEONOR.
Entra el REY por izquier-
da, seguido del CONDE DE
CASTAÑEDA.)

El Señor os dé la paz.

REY

Y El te bendiga, Javier.

(Toma asiento en un sillón.
El CONDE se mantiene de-
trás a alguna distancia.
Delante, de pie, JAVIER y
el P. SIMÓN.)

Sabes cómo se han movido
bandos en este palacio,
que me han rogado y pedido
que os quedaseis. He querido
consultar al padre Ignacio
por cartas, y a su entender,
de este modo se ha de hacer:
se queda el padre Rodríguez
en nuestra Corte, y tú sigues
solo, a las Indias, Javier.

P. SIMÓN.

Ya sé que no necesitan
las Indias de un servidor,
¡pero me duele el dolor
que de este modo me quitan!

JAVIER.

Dios lo pide por su amor,
y no hay sino obedecer.
Acaso el no padecer,
siéndole dolor mayor,
a los ojos del Señor
le traiga a más merecer.

REY

¡Con qué entrega generosa
llevan en sí los hermanos
el querer como una rosa
desmayada entre las manos!

JAVIER.

Nuestros afanes humanos,
¿qué intentarán contra Dios?
Desde niño hubo una voz
que me llamaba hacia Oriente...
¡y ya estamos frente a frente,
como en un duelo los dos!
Esta mañana, pasando
ribera del malecón
acunado por un blando
murmullo, y cabeceando,
contemplaba el galeón
tan ligero y tan marino,
y el mástil esbelto y fino
me parecía una pluma
que, con renglones de espuma,
iba a escribir mi destino.
Todo mi afán atraía:
la luz, la marinería,
la gloria de la mañana
llena de sol y alegría,
y ante la ruta lejana
ese andar en el bajel
yendo y viniendo las gentes,
que fingía sobre él
como ese temblor de piel
de los galgos impacientes...

REY.

Padre Francisco: de sobra se ve que es Dios el que pide tal labor, pues que coincide la vocación y la obra de tal modo.

JAVIER.

Dios decide que así sea, y yo uniré mi voluntad a sus leyes.

REY.

Y yo a tu lado estaré, que para aumentar la fe da Dios su cetro a los reyes. La Cruz del Señor bien alta quiero en mis Indias clavar. Por eso, para buscar remedio donde haga falta, noticia fiel me has de dar del estado de mis gentes en puntos de Religión; el número y proporción de gentiles y creyentes; dónde a Cristo se traiciona, en dónde mengua su luz o su fe se desmorona... ¡No quiero tener corona donde no remate en Cruz!

JAVIER.

No existe bien soberano para los pueblos igual a este afecto paternal de un Rey prudente y cristiano. Todo lo demás es vano; errar puede la opinión, puede ser vana la ley. Un hombre y una nación no aspiren a mejor don que un buen padre y un buen Rey.

REY.

Por tus palabras te doy mis gracias, padre Javier.

¡Ese Rey quisiera ser que tú piensas que ya soy!

(A CASTAÑEDA, que permanecerá detrás del sillón.)

Conde, habéis de disponer para tan largo viaje la precisa provisión.

JAVIER.

Mi persona y mi ilusión; ése es todo mi equipaje.

CASTAÑEDA.

Debe llevar algún paje de Corte.

JAVIER.

No es necesario que os ocupéis más de nada; llevo mi cruz, mi rosario y al cuello mi escapulario, que me defiende.

CASTAÑEDA.

No añada si es ya tan comprometida la empresa, nuevos martirios. ¿Quién cuidará de su vida tan necesaria?

JAVIER.

¡El que cuida de las rosas y los lirios! Mientras más pobre y sencilla la vida, mayor la paz. Me sobra todo. Además, llevo conmigo a Mansilla, el lego.

REY.

No olvidarás, Javier, que has sido nombrado nuncio de todo el Oriente.

CASTAÑEDA.

Y en tal dignidad y estado casi parece decente que se lleve allá un criado que le guise y que le lave.

JAVIER.

Conde: me movéis a risa con esa razón tan grave... ¡Si vierais lo bien que sabe lo que uno mismo se guisa! No aleguéis la nunciatura, que en un portal, en Belén, durmió Cristo, nuestro Bien, de quien un nuncio es hechura.

REY.

Conde, ¿para qué te afanas, si él tus ofertas declina?

CASTAÑEDA.

Quiero servirle...

REY.

Son vanas nuestras prudencias humanas para su empresa divina. Mañana mismo, naciente la aurora, si puede ser, han de zarpar, con Javier, las carabelas a Oriente.

(A JAVIER.)

Y piensa tú, al emprender la misión que tanto anhelas, que al ir partiendo el cristal del agua las carabelas, les va soplando las velas el ansia de Portugal. Y a vos, padre, no os importe quedaros; tened presente que seréis brújula y norte de mi reino y de mi Corte, como Javier del Oriente. Vaya en paz, padre Javier.

JAVIER.

Antes, perdonad que os pida, señor, como despedida, una gracia.

REY.

¿Qué ha de ser?

JAVIER.

(Al Conde de Castañeda.)

A Atayde y a una mujer que ahí junto están, de mi parte, si el Rey da en ello licencia, llamadles, conde, en audiencia...

REY.

En todo quiero agradarte; que pasen a mi presencia.

(El Conde ha salido y ha vuelto seguido de ATAYDE y DOÑA LEONOR. JAVIER se dirige a ellos, toma a ATAYDE de la mano y, dejando apartada a DOÑA LEONOR, le trae junto al REY. JAVIER subrayará con intención los versos que van en bastardilla.)

CASTAÑEDA.

Pasad juntos.

ATAYDE.

Gracias, conde.

JAVIER.

Este es Atayde, señor, a quien tengo un grande amor que él con amor corresponde. Fué éste mi amigo mejor cuando en París, casi niño, dábamos juntos lecciones. Si tuvimos discusiones, fueron de esas de cariño que acercan los corazones. Conmigo mañana a Oriente él se quisiera venir, y vengo, Alteza, a pedir la licencia conveniente para que pueda partir mañana.

REY.

¿Piensa poner negocio de especiería?

ATAYDE.

Así me espero valer.

REY.

Muchos son ya cada día;
mas no todos un Javier
encuentran por valedor.

(A CASTAÑEDA.)

Dígale a mi secretario
que extienda lo necesario
para su objeto.

ATAYDE.

Señor:
me hacéis inmenso favor.

REY.

¿Y esa mujer?

JAVIER.

(Yendo por LEONOR.)

Vos ahora
alza sin miedo la vista.
Esta es una camarista
de la Reina, mi señora,
a quien Atayde se tiene
por esposo prometido.
Y a pediros, señor, viene
—pues don Alvaro conviene
en ello muy complacido—
licencia para acortar
trámites y celebrar
mañana la velación.

REY.

Y aun le podrá acompañar
si gusta en su expedición,
teniendo por descontado
el que no haya impedimento
para urgir el casamiento
por el Nuncio o el Prelado.

JAVIER.

Con ello habéis completado
vuestra gracia y alegría:

que al esposo, como guía,
debe la esposa seguir. •
*El lo pensaba pedir...
¡sino que no se atrevía!
Un poco de cortedad,
¿verdad, Atayde?*

ATAYDE.

Verdad...

JAVIER.

Señora, por tal contento
las gracias al Rey le dad.

DOÑA LEONOR.

No sé decir cuanto siento.

REY.

(Levantándose.)

¿Falta algo?

JAVIER.

Falta besar
de Vuestra Alteza las manos.

DOÑA LEONOR.

Y nosotros.

REY.

(A JAVIER.)

Y ahora ¡a dar
a Cristo muchos cristianos!
Te veré antes de zarpar...
Que, como el Señor desea,
se haga tu misión, y sea
su gloria en todo cumplida.

JAVIER.

¡Y El acreciente la vida
del Rey, que tan bien la emplea!
(El REY sale seguido del
CONDE.)

ATAYDE.

No anduviste tú remiso
en hablar por mí.

JAVIER.

Dios quiso
que hablase: y hazte la idea
que cuanto dije, es preciso
que, si no es verdad, lo sea.
Si hablé por ti, ha sido lleno
de caridad hacia ti:
y cuanto yo dije aquí
tú lo tienes que hacer bueno.
No por Javier, no por mí;
por ti mismo... ¡y por Jesús,
cuyas llamadas de luz
estás, a ciegas, negando;
y a quien estás remachando
continuamente en la Cruz!
¿Te resuelves?

ATAYDE.

Sí, Javier...

pero criado y mujer
me resultan mucha carga
para una empresa tan larga.

JAVIER.

¡No hables como mercader!

DOÑA LEONOR.

No tienes que temer nada.
Yo seguiré, enamorada,
tus pasos hacia el Oriente,
como la sombra, prudente,
y como el aire, callada.

ATAYDE.

¡Todas lo dicen!

JAVIER.

¡Qué negro
modo de pensar...! Te digo,
Atayde, que ahora me alegro
de llevarte allá conmigo.
Así tendrá el enemigo
si ha de vencer, que batir
en cerco más apretado...
¡Y así tendré yo a mi lado
más almas que convertir!

ATAYDE.

Me juzga de esa manera
como a un infiel.

JAVIER.

Es muy triste
decírtelo, y no quisiera
agraviarte...

ATAYDE.

(Con franca ira.)

¡Si no fuera
por el favor que me hiciste!

JAVIER.

Escupe ya ese odio entero
que te hierve en la conciencia.
¡No temas por tu licencia!
¡Ya no pelagra...! Ahora quiero
llevarte de compañero,
pues has de ser mi suplicio.
Dios te pone a mi servicio,
¡y unida a ti irá mi vida
como va junta y unida
la carne con el cilicio!

(Entran, atropelladamente,
DON MARTÍN, MASCAREÑAS
y dos DAMAS. Al descorrer
la cortina se advierten en
la pieza contigua algunas
damas y cortesanos, que
charlan animadamente.)

MASCAREÑAS.

¡Venga acá, padre Javier!

JAVIER.

¿Qué pasa?

MASCAREÑAS.

Empieza a correr
que os vais, y los cortesanos,
para besarle las manos,
andan queriéndole ver.

JAVIER.

¡Las manos!

DAMA PRIMERA.

¡Como se va tan pronto el padre y tan lejos!

JAVIER.

Si es que quieren mis consejos de despido, bien está.

DAMA SEGUNDA.

¿Es cierto que se va ya?

JAVIER.

Y Atayde viene conmigo. Voy muy alegre de llevar a bordo tan buen amigo.

ATAYDE.

¡Lo mismo yo!

JAVIER.

Y su mujer también viene...

DAMA PRIMERA.

¿Puede ser?

DAMA SEGUNDA.

¿Pero cómo tan callado don Alvaro lo tenía?

JAVIER.

Mañana, al romper el día, será la boda...

MASCAREÑAS.

¡Pasmado de la noticia!

(Las damas cuchichean, señalando a DOÑA LEONOR. Entra CASTAÑEDA por derecha.)

CASTAÑEDA.

Atestado, padre, le espera el salón; y en la plaza, de este lado, el pueblo se ha congregado pidiendo su bendición.

Puede asomarse al balcón, que se impacienta la gente...

JAVIER.

¡Yo soy el más impaciente, Castañeda, por dejar estos salones y estar entre los indios de Oriente!

(Dirigiéndose hacia el salón contiguo.)

Vamos, pues.

DAMA PRIMERA.

(Besándole la mano.)

No me neguéis la mano...

DAMA SEGUNDA.

(Inclinándose a besar la sotana.)

Saldrá la aurora cuando al Oriente lleguéis con vuestra misión.

JAVIER.

Señora... ¡qué lindas joyas tenéis!

DAMA SEGUNDA.

¿Las queréis?

JAVIER.

No; lo decía porque, sin pan y sin traje, vi una anciana que moría ayer en la judería.

DAMA SEGUNDA.

Le mandaré con un paje limosna.

JAVIER.

Vive detrás de la iglesia... Y dicho en paz: si vuestra merced quisiera ir en persona..., ¡no hiciera ninguna cosa de más!

DAMA SEGUNDA.

Yo iré.

JAVIER.

Le dará contento sólo con poner los pies en su vivienda... Y éste es, señora, mi testamento.

MASCAREÑAS.

En poco más de una hora riñó con desabrimiento; mendigó; hizo un casamiento...

JAVIER.

Y perdoneme, señora, si en el apresuramiento fui algo duro en el acento y no endulé la sonrisa. Soy más amigo del viento, señora, que de la brisa... ¡y hay que hacer el bien de prisa, que el mal no pierde momento!

(Pasa al salón. Los cortesanos se agolpan para besarle las manos y la sotana)

TELON

CUADRO SEGUNDO

En Malaca. A la salida de la población, unas últimas casas de bambúes o madera. En el centro de la escena, un grupo de palmeras, a cuya sombra, en unas piedras, estarán sentados: MANSILLA, lego de la Compañía de Jesús; el PADRE COSME DE TORRES, sacerdote portugués, y MATEO, catecúmeno negro. Mientras los europeos hablan, éste, comiendo fruta, escuchará con gesto de asombro.

P. COSME.

Entonces, llegado a Oriente, saltó a tierra el padre...

MANSILLA.

Seguramente; pero antes quiso llegar el padre a evangelizar en Malaca. No es prudente quedarse en Goa. El Oriente es ladino. No presenta guerra franca; pero tiente con caricias solapadas de sus manos perfumadas de jengibre y de pimienta; y a poco que el europeo en tan dulce devaneo se deslice suavemente, se le amodorra la mente y se le muere el deseo.

MANSILLA.

En Goa, que es, en pequeño, Lisboa, de animada y floreciente. Desde allí el padre Javier misionó las Pesquérias, llenando noches y días de un incesante quehacer por Cristo.

P. COSME.

¿Y piensa volver

a Goa?

P. COSME.

Aquí tiene su guadaña
larga y pródiga mies.

MANSILLA.

Y, sobre todo, aquí es
la fuerza de la cizaña
menos agobiante.

P. COSME.

¿Pues
cuál es la cizaña?

MANSILLA.

El mal
mayor para que reciban
allí a Cristo y su señal,
está en que allí sólo arriban
las heces de Portugal.
Cada infeliz portugués,
que en su tierra apenas es
mendigo con taparrabo,
en cuanto que dobla el Cabo
ya presume de marqués.
Y como el mando peor
es el mando del señor
nuevo, son tan crueles
y tratan a los infieles
con tal desdén y rigor,
que no hay misión que resista
tan continuo mal ejemplo.
¿De qué sirve que en el templo
se hable de amor, si la vista
les demuestra lo contrario?
Hay mercader sanguinario
que a trallazos los revienta...
¡y mientras les pega, cuenta
los golpes, con el rosario!

P. COSME.

Aquí está el padre mejor
que no allí en aquel hervor
de tiendas y mercaderes
sin conciencia ni temor
de Dios...

MANSILLA.

Pues, ¿y las mujeres?

Como allí las sedas son
tan baratas, por extraño
poder de contradicción,
todas se visten de paño;
y llevan tal el tacón
y el zapato tan ruin,
que no pueden andar sin
grave riesgo de caer,
tres pasos que pueda haber
de su puertá al palanquín.

*(Se oyen a lo lejos unos
toques de campanilla. El
P. COSME y MANSILLA se
hacen señas y se vuelven
levemente a escuchar. MA-
TEO, de un salto, se sube
en una piedra y otea el
paisaje.)*

VOCES LEJANAS DE NIÑOS.

(Cantando.)

Se encontraba la Virgen María
en el oratorio haciendo oración;
por la puerta se le ha entrado un
[ángel]
vestido de blanco que parece un sol.

LA VOZ DEL PADRE JAVIER.

¡Una limosnita, hermanos!
¡No se me hagan de rogar!
¡Ayuden todos a dar
a Cristo nuevos cristianos!

*(Toques de campanillas, ca-
da vez más cercanos.)*

P. COSME.

¡El padre Javier!

MANSILLA.

El mismo.

Allí viene mendigando,
con sus niños, y cantando
versillos del Catecismo.

VOCES DE NIÑOS.

Dios te salve —le dijo—, María;
llena eres de gracia a los ojos de
[Dios:
entre las mujeres bendita tú eres
y bendito el fruto de tu Encarna-
ción.]

P. COSME.

¡Qué lindas voces de coro!

LA VOZ DEL PADRE JAVIER.

¡Una limosnita, hermanos,
para los nuevos cristianos!

MANSILLA.

Ya se oye más cerca el coro.

P. COSME.

Y ya se ve la sotana.

MATEO.

¡Así en la selva, al ser día,
anuncia una algarabía
de pájaros la mañana!

*(Entra el PADRE JAVIER por
derecha. Trae la sotana
sucia y desgarrada. Una
campanilla en una mano.
Le rodea un grupo de
niños, algunos negros y
otros de tipo malayo.)*

JAVIER.

Y ahora, hijos míos, volad
a vuestra casa... Y, ¡cuidado
con el juego! ¡Y recordad
las cosas que os he enseñado!

*(Pausa. Se vuelve hacia los
que le esperan.)*

¿Y tú, Mansilla, asististe
a aquella anciana?

MANSILLA.

El camino
corrí dos veces.

JAVIER.

¿Y fuiste
tú, Mateo, por el vino
de Juan de Araújo?

MATEO.

Previno
el roñoso tu deseo,
y aunque es falso, según creo,
dijo que tiene tan poco,
que no puede dar...

JAVIER.

Mateo,
le has de decir a ese loco
que se asiente y que repare
sus vanas tacañerías.
Y, por Dios, que se prepare:
porque antes de cinco días
lo llevarán a enterrar...
¡Y es muy bobo desatino
que guarde tanto su vino...
pues no se lo ha de llevar!

P. COSME.

Venga, padre, a descansar.

MANSILLA.

Trae la sotana de andar
entre zarzas, a pedazos.
¿Algo le duele?

JAVIER.

Los brazos...

MANSILLA.

¿Los brazos?

JAVIER.

De bautizar.

P. COSME.

¿Bautizó muchos?

JAVIER.

Por cientos
pidieron que bautizara
sus hijos y predicara.

P. COSME.

¿Predicó?

JAVIER.

Los mandamientos,
en el bosque, en una clara.
Nunca encontré, que recuerde,
templo mejor: ni me enronco
ni una sílaba se pierde...
¡Qué gran púlpito es un tronco
con tornavoz de hoja verde!

MANSILLA.

¿Está alegre?

JAVIER.

Regular.
¡Se me quedan sin granar
tantos esfuerzos diarios!
Si hubiera más operarios...,
¡qué viña por vendimiar!
Pero, en fin, mirando el grano
que tan ruin y torpe mano
como es la mía, ya saca,
en Meliapur y Malacá,
no será el esfuerzo vano.
Suele la pública voz
apellidar a estas dos
Islas de la Morería;
pero yo las llamaría
"Islas de esperar en Dios".

MANSILLA.

(A MATEO, que se colocó
frente a él, mirándole
con embeleso, y luego se
ha ido corriendo hasta
empujar a MANSILLA y el
PADRE COSME.)

¿A dónde va, que no para
de molestarnos, Mateo?

MATEO.

Es que de aquí no le veo
al padre Javier la cara,
con la luz del sol.

MANSILLA.

¡Faltara
escuchar tal bobería!

JAVIER.

Es que aún es nuevo en la vía
del Señor, y va asustado
como un niño, todavía,
mirando a uno y otro lado
por encontrar compañía.

MATEO.

Yo sé que a tu lado acierta
mi camino, porque Dios
te abrirá, al llegar, la puerta...,
¡y ya con la puerta abierta,
cabremos, padre, los dos!

JAVIER.

Acaso se han de tornar
las cosas: a tu llegada
te abrirán de par en par...;
¡yo sí que tendré que entrar
aprovechando tu entrada!

MANSILLA.

¿Pero es que alcanza tu mente
sus palabras?

MATEO.

El placer
de un río que, suavemente,
va murmurando, se siente,
aun sin llegarlo a entender.
Cuando habla el padre Javier,
yo no podré ir explicando
lo que habla; pero en el blando
tono claro de su voz
va como un río cantando
cosas que acercan a Dios.

P. COSME.

¡Qué cosas dice!

JAVIER.

Y no yerra...;
¡en cuántas almas se encierra
la semilla del creer,
reventando a flor de tierra
con ansias de florecer!

P. COSME.

Cada vez, padre, lo veo
más claramente; yo creo
que estos montes y estos llanos
están llenos de cristianos
bautizados de deseo.

MANSILLA.

¡Qué consuelo ver que así,
aun sin saber la verdad,
se la reverencia aquí!
¿Verdad, padre?

JAVIER.

¡Y para mí
qué responsabilidad!
Es que estas gentes, hermanos,
si es verdad lo que dijeron
las tradiciones, ya fueron
en otros tiempos cristianos.

P. COSME.

¿Cómo así?

JAVIER.

En tiempos lejanos,
el padre Santo Tomé,
aquel discípulo que
no bastándole lo visto
en el costado de Cristo
tuvo que palpar su fe,
según vieja tradición
vino a este reino en misión,
y eran sus voces ardientes
maravilla de las gentes
y de sus dudas perdón.
Cuentan que su choza, armada
con unos toscos varaes,
siempre estaba rodeada

de una vistosa bandada
de bellos payos reales.
Y cuando lleno de finas
ansias de amor, con espinas
se disciplinaba a solas,
ellos, abriendo las colas,
celaban sus disciplinas.
Hasta que un día en que estaba
así en dulcísima paz,
un cazador que pasaba,
sin ver que estaba él detrás,
contra las aves tiró
y la flecha atravesó
el costado de Tomás,
que, gozando aquel dolor,
expiró lleno de amor
y consuelo celestial
pensando en la herida igual
del costado del Señor.

MANSILLA.

Con esa reja de arado
no es extraño que quedara
bien preparado el terreno
para la semilla.

JAVIER.

Y basta
de conversación, que el tiempo
que se pierde no se gana
nunca más.

(A MATEO.)

Has de llamar
al rosario.

(Se va MATEO. Le sigue
MANSILLA. Ha entrado
por izquierda ATAYDE.
Pueden seguirle algunos
negros con fardos y he-
rramientas, como si vi-
nieran de trajinar en el
campo. Estos seguirán su
camino.)

ATAYDE.

Dios le guarde.

(Va rápidamente. Parece
que va a seguir.)

JAVIER.

(Deteniéndole con un gesto.)

¿Dónde va Atayde con tanta prisa? ¿Es que los negocios no le dejan ya una clara para hablar con los amigos a la sombra de unas palmas?

ATAYDE.

¡Los negocios...! Buen negocio, de seguir tus enseñanzas; que si no habéis de pegar a los negros en la carga; que si hay que darle a los indios, en acciones y palabras, pruebas de amor; los dineros, padre Javier, no se cazan con miel, como los mosquitos.

JAVIER.

Entonces, ¿cómo...? ¿con trampa?

ATAYDE.

Una cosa es el negocio y otras son las cosas santas.

JAVIER.

Pero Dios no es más que uno, ¡y ése sólo es el que manda!

ATAYDE.

Dios...

JAVIER.

Dios está allá muy alto, ¿verdad, Atayde? Pues falta siempre un instante de menos en cada instante que pasa para encontrarlo... ¡Y el trance del encuentro es cosa brava! Mas dejemos este asunto, que en la fuente de la plaza siglos en la piedra lleva corre que te corre el agua; pero la piedra es tan piedra, que apenas si está mellada. ¿Y... nuestro negocio?

ATAYDE.

¿Cuál?

¿Ese empeño que te embarga la voluntad de alargarte a dar misión por la banda de Macassar?

JAVIER.

Mire, padre,

si no es justa mi demanda. El reino de Macassar, que está en esas partes bajas, no guarda, padre, ni rastro de la Verdad que nos salva. Hace tiempo un portugués, misionero de Malaca, el padre Vicente Viegas, lo misionó, y según anda en tradición y recuerdo de los viejos, fué muy brava su labor, y su cosecha, si no espléndida, no mala. Luego se ha perdido el rastro de Cristo allí: ¿no es demanda justa que Atayde que tiene amistad bien apretada con esos indios, con quienes anda en negocios de cargas de canela, me consiga la proporción necesaria para ir allá?

ATAYDE.

Me resisto, padre, porque aquella banda de Macassar, es terreno peligroso, y gente mala aquella gente..., y no quiero, pues me pesa sobre el alma dejar al padre Javier entre tantas amenazas.

JAVIER.

¡Qué inesperado cariño y qué previsión extraña!

(Con retintín.)

Tanto me quiere don Alvaro, que no quiere que me vaya, ni me mueva, ni predique...

ATAYDE.

Es que donde va levanta tempestades, y no quiero que se exponga quien trabaja tanto por Cristo...

JAVIER.

¡Buen modo de celar las cosas santas! Por evitar sacrilegios, que la procesión no salga; por no irritar a lo malo, que lo bueno no se haga. ¡Y porque pueda seguir un mercader a sus anchas trocando por baratijas canela fina y barata y trayendo sobre el lomo de un indio hasta cuatro cargas, mejor es que a aquellas tierras el misionero no vaya; que es expuesto que lo maten —¡pobrecito!— con sus lanzas!... ¡Y es expuesto, sobre todo, que tras de oír sus palabras aquellas gentes no quieran seguir dando sus espaldas, al látigo, como perros; como bestias, a la carga!

ATAYDE.

No es eso, padre...

JAVIER.

No es eso, ¡es que El que un día entregara Judas por treinta monedas, sigue en mercado y en plaza revendido cada día por lo primero que salga!

ATAYDE.

No, padre; y para que veas que tus sospechas te engañan, yo prometo que en pasando estas lluvias que ahora enfangan los caminos, trataré la previsión necesaria para que puedas llevar a Macassar tu palabra.

JAVIER.

¿Es cierto que lo prometes? Mira, Atayde, que me tarda mucho sabiendo que esperan sin luz de Dios tantas almas. Mira que, amarilleando de sequedades mi alma, como en la playa la arena, como en el río la caña, me estoy muriendo de sed teniendo tan cerca el agua.

ATAYDE.

Irás, padre, a Macassar.

(Ha empezado un toque de campana.)

JAVIER.

El rosario...

(A ATAYDE.)

¿No le alcanza el tiempo para ir?... Pues hoy predicaré la parábola del rico avariento...

ATAYDE.

¿Va para alguno dedicada?

JAVIER.

Para nadie: el Evangelio es de todos... Sus palabras las suelto yo como pájaros, ¡y ellos se buscan su ramal!

ATAYDE.

Adiós, padre, y le prometo
que iré un día...

JAVIER.

Y no se vaya
durante el rosario por
la ronda, de alegre charla
con Meliapú la negrita,
o con Zima la malaya.
¡Si tiene en doña Leonor
mujer tan fresca y lozana!

ATAYDE.

Todo eso es cuento.

JAVIER.

Pues por
si acaso, piensa con calma,
que fuese el que fuese tu
propósito para el mañana
de la eternidad, no te hacen
tantas amiguitas falta.
Para salvarte, te sobran
todas, como es cosa clara...
Para condenarte, Atayde,
¡no son necesarias tantas!

MATEO.

Padre Javier, el rosario.
Pero antes, si no le cansa,
hemos de pasar a ver
a una mujer que le llama.

JAVIER.

¿Qué le ocurre?

MATEO.

Se le muere
un niño...

JAVIER.

¿Y qué quiere que yo
[haga?

MATEO.

Quiere que el padre le diga
los evangelios...

JAVIER.

Anda, anda;
hay que ser médico aquí
de los cuerpos y de las almas.

(Sale con MATEO. ATAYDE
va a irse también cuando
entra DOÑA LEONOR, se-
guida de una negrita, que
le lleva un quitasol.)

ATAYDE.

¿A dónde va mi señora
doña Leonor?

DOÑA LEONOR.

Al rosario
del padre, que ya es la hora.

ATAYDE.

¡Oh flor de confesonario
que entre rezos se desflora!

DOÑA LEONOR.

¿Es que en los rezos empleo
las horas en que al paseo
me llevara mi marido?

ATAYDE.

Yo tengo el tiempo cogido
con mi trabajo.

DOÑA LEONOR.

Y yo creo
que, al menos, mi soledad
es para mí.

ATAYDE.

Las mujeres
siempre andáis con alfileres
pinchando nuestra piedad.
Todo es poco. ¿Qué más quieres?
¿Es que hay en Malaca, acaso,
mujer que ganarte pueda?
¿No tienes tocas de seda?
¿No tienes faldas de raso?

DOÑA LEONOR.

Y me recuerdas al paso
a aquel canario sonoro
que lloraba su alegría
y a quien su dueño decía:
¿no tienes jaula de oro?
Con tal regalo algún día
vuestro amor cumplido queda...
¡Y no comprendéis que pueda
un corazón maltratado
llorar, también, enjaulado
tras un corpiño de seda!

ATAYDE.

¿Llorar, de qué?

DOÑA LEONOR.

Del desvío
de un querer que, sin parar,
pasa por mí, siendo mío,
como por el puente el río
pasa buscando su mar.
Sé de tus horas perdidas,
y aunque no ves mis heridas
y ves mis ojos serenos,
están mis silencios llenos
de lágrimas contenidas.

ATAYDE.

Déjate de seductoras
palabras; no necesitas
repetirme que me adoras...

DOÑA LEONOR.

¡Cómo olvidastes las horas
alegres de aquellas citas,
cuando, jurándome amor,
me bebías el aliento
junto a aquel jazmín en flor
que casi espesaba el viento
con el peso de su olor!

ATAYDE.

¡Déjame en paz!

DOÑA LEONOR.

¿Qué serpiente
con silbo de pluma y seda
así te coge y te enreda?
Maldito sea este Oriente
donde tan astutamente
nos aduerme la canela
y el sándalo nos desvela,
y el pájaro nos encanta
con magia de flor que canta
y de arco iris que vuela;
donde todo es cautiverio
del alma y tibio misterio
que en todas partes se esconde...
¡Maldito este Oriente, donde
hasta el aire es adulterio!

ATAYDE.

¡Fantasía de mujer!
Yo no sé qué buenas artes
se ha dado el padre Javier
que habéis aprendido a ver
pecados por todas partes.

DOÑA LEONOR.

Ya descubres tu rencor...

ATAYDE.

¿No puedes en cosa mejor
matar el buen santo el ocio?

DOÑA LEONOR.

¡Un santo es un mal negocio
siempre, para un pecador!
Comprendo que a un mercader
que compra especie barata
y que a los negros maltrata
le sobre el padre Javier;
pero a una pobre mujer
que vive en perpetuo duelo
abandonada y herida,
su voz de luz y de cielo,
es el único consuelo
que le queda en esta vida.

ATAYDE.

Si es así, tus alegrías pronto se van a acabar.

DOÑA LEONOR.

¿Por qué?

ATAYDE.

Porque a misionar irá el padre a Macassar.

DOÑA LEONOR.

¿Por algo más lo decías!

ATAYDE.

Mujer..., ¿qué quieres decir?

DOÑA LEONOR.

Yo he visto entrar y salir gentes extrañas en casa, y sospecho que algo pasa que no me quieres decir.

ATAYDE.

¿Qué dices?

DOÑA LEONOR.

¡Tú tramas algo contra el padre!

ATAYDE.

¡Boberías de mujer!

DOÑA LEONOR.

En cuanto salgo fuera de casa estos días, en secreto recibías un indio...

ATAYDE.

Es que ahora le vendo a ese indio tela embreada.

DOÑA LEONOR.

¡Mírame los ojos...! ¡Nada! ¿Para qué? ¡Si ya no entiendo lo que dice tu mirada!

No puedo ya ver, así, como en otro tiempo vi tu voluntad escondida... ¡los ojos que eran mi vida ya están mudos para mí!

(Se echa a llorar.)

ATAYDE.

(Empujándola hacia adentro.)

¡Esto faltaba que ver!
¡Qué verdad es la sentencia: "a soldado y mercader siempre estorba la mujer"!

DOÑA LEONOR.

La mujer... ¡y la conciencia!

(Salen. Queda sola la escena. Durante todo el diálogo anterior ha ido oscureciendo. Entran el PADRE JAVIER y MATEO. Este lleva un farol. Entran como huyendo de algo.)

JAVIER.

Por aquí...

MATEO.

¡Padre Francisco!

JAVIER.

Por aquí digo, y silencio.

MATEO.

¿Por qué huir como un ladrón cuando tal bien habéis hecho?

JAVIER.

¿Qué bien?

MATEO.

Padre: yo lo vi de cerca y estaba muerto el niño cuando llegaste; frío estaba como el hielo.

JAVIER.

No digas bobadas.

MATEO.

Padre...

JAVIER.

¡Era que estaba durmiendo!

MATEO.

Ya iban a regar de rosas, padre Francisco, su cuerpo, cuando le tocaste.

JAVIER.

Mira que te prohibo, Mateo, que digas a nadie nada de esos fantásticos sueños.

MATEO.

Yo lo toqué, padre, frío...

JAVIER.

¡Era que estaba durmiendo!

(Ha entrado un negro escondiéndose, atemorizado. Trae colgada al hombro una escarcela. Se le oye sollozar.)

MATEO.

¿No es llanto eso que se escucha? X

(Levanta el farol hasta descubrir al negro.)

JAVIER.

¿Quién va a estas horas?

MATEO.

¿Qué es esto?

PATAMAR.

¡No me hagáis daño!

JAVIER.

¿Quién es?

MATEO.

Un patamar: un correo peatón, que acaso ha perdido sus caminos.

PATAMAR.

Extranjero, no me hagas daño.

JAVIER.

Descuida, que no te lo haré.

PATAMAR.

Lo creo: tú tienes algo en los ojos, sencillo, como los ciervos.

JAVIER.

¿Qué te ha ocurrido?

PATAMAR.

A varazos me van a matar si vuelvo a la ciudad... Blanco, ¡sálvame! Si me salvas yo te ofrezco bucear la madreperla más profunda del Océano para ti.

JAVIER.

No me hace falta; yo no estoy en tal comercio. ¿Quién es tu amo?

PATAMAR.

¿Tú vas a denunciarme, extranjero?

MATEO.

El blanco quiere salvarte; háblale claro, que es bueno.

PATAMAR.

Mi dueño, blanco, no tiene ojos, como tú, de ciervo, sino de lobo montuno y de chacal carnicero. Yo he perdido su mandato y me matará si vuelvo.

JAVIER.

¿Cuál es su nombre?

PATAMAR.

Don Alvaro...

me dieras veinte monedas
como aquéllas!

JAVIER.

¿De Atayde?

JAVIER.

PATAMAR.

Sí, como eso...

¡A buen puerto,
viene tu barca a pedir
tan lucido cargamento!¡Pero tú no le dirás
que he perdido su dinero!*(Le muestra sus bolsillos
vacíos.)*

JAVIER.

¿Qué dinero?

MATEO.

¡Si el blanco no tiene ni
para dátiles frescos!

PATAMAR.

Me mandó,

Me matará el amo a palos.

hace días, para el reino
de Macassar, y me dió
como presente y recuerdo
para el Jefe y el Brahmán,
más viejo de entre los viejos,
veinte monedas de oro.
El sabe que yo soy bueno.
Nunca perdí sus mandados
ni toqué su oro. Yo quiero
cuando me muera, tener
mujeres y jugo fresco
de palma.

JAVIER.

No te matará..

PATAMAR.

No puedo
ir a Macassar; la carta
dice que llevo el dinero.

JAVIER.

¿Qué carta?

PATAMAR.

La que me dió
el blanco.

JAVIER.

Vas a decirme
cómo has perdido el dinero.

JAVIER.

¿Y ésa?

PATAMAR.

Quise bañarme en el río.
Quemaba el sol como fuego.
Se resbaló la escarcela.
Cayó en el agua el dinero;
pescaditos de oro claro
río abajo iban corriendo.

PATAMAR.

La tengo
aquí, que quedó en el fondo
de la escarcela... No puedo
sin el dinero llevarla.*(Solloza.)*

JAVIER.

A ver la carta.

JAVIER.

No llores.

PATAMAR.

¿Cómo no quieres
que llore...? ¡Si tú, extranjero,

PATAMAR.

Extranjero,
era para el gran Brahmán
que entiende de letras.

JAVIER.

Negro,
a ver la carta.

JAVIER.

Entonces..., sigue leyendo.

PATAMAR.

Esta es.

MATEO.

"Os recuerdo lo que hablamos
la última vez que en el reino
estuve. Yo llegaré
tras él, al muy poco tiempo;
cuando yo llegue a vosotros
todo debe de estar hecho."

JAVIER.

*(Después de mirarla, la
pasa a MATEO y le toma
el farol.)*No la entiendo bien. Mateo,
léela tú.*(Casi llorando.)*

¡Padre Javier!

MATEO.

"Señor: la gracia
contigo y la paz del cielo.
Con el correo que envió
van esos veinte dineros
en testimonio y fianza
de mi cariño y afecto."

JAVIER.

¡Qué mirada
tan amable del Maestro
debió ser aquella, cuando
se volvió a Judas, diciendo:
"Uno de vosotros mismos
me ha de entregar"! Ahora quiero
yo también que a su destino
llegue esa carta.

JAVIER.

Me complace oír en don Alvaro
esos conceptos tan tiernos.
¿Qué más?

PATAMAR.

No puedo
sin el dinero llevarla.

MATEO.

"Los últimos sacos
de canela están ya en puerto.
Pronto, pasadas las lluvias
y despejado el invierno,
irá con la caravana
que preparo, el misionero
blanco de que ya os hablé.
A vuestras manos lo entrego,
ya sabéis que no es mi amigo...
y yo soy amigo vuestro."
¡Padre Francisco!

MATEO.

Pero, padre...

JAVIER.

Sí, Mateo;
meses hace que estoy con
don Alvaro discutiendo
porque me arregle la marcha
de Macassar... Y este medio
es el único de que
cumpla Atayde mi deseo;
por buscar mi mal, hará
lo que no hace por mi ruego.

JAVIER.

¿Qué pasa?
¿Es que no ves bien, Mateo?

MATEO.

Pero irás, padre, entregado
a unos lobos carniceros.

MATEO.

Veo más que yo quisiera.

JAVIER.

Iré a poner en balanza
mi vida y el Evangelio.
¡Al fin, Señor, se presenta
algo que hacer en tu obsequio!
¡Vuela tú, como la alondra
sobre el prado, mensajero,
que mi afán más alto llevas
y la flor de mis deseos!

PATAMAR.

Blanco: yo no puedo ir
si no me das los dineros.

MATEO.

Eso te salva.

JAVIER.

No, quieras,
Señor, salvarme por eso.

(Casi en éxtasis.)

Señor, Señor: no desoigas
mi voz; deja que tu siervo
pruebe también de la copa
de tu amargura del huerto.
Tú pusiste la mejilla
para entregarte en un beso;
en esta entrega que traman,
deja que yo ponga el precio,

MATEO.

¡Padre Javier!...

JAVIER.

(Transición. Rebuscando en sus bolsillos. Al PATAMAR.)

¿Sabes tú
que, acaso, pueda remedio
poner a tu desventura?

PATAMAR.

¿Me darás, blanco, el dinero?

JAVIER.

Acaso, en este bolsillo...

MATEO.

¡Padre!

JAVIER.

Tú calla, Mateo.

(Ha sacado de su bolsillo unas monedas de oro.)

Puede que basten.

(Se las da al PATAMAR. Este las recibe de rodillas.)

PATAMAR.

¡Bendigan

los dioses tu mano!... ¿Es esto
verdad?... ¡Son veinte monedas
como aquellas, extranjero!

JAVIER.

No habrás de decirlo a nadie.

MATEO.

Padre, ¿es posible?

JAVIER.

¡Y tú, menos!

Y ahora corre a Macassar
y entrega carta y dinero.
Di que vayan una esponja
mojando en hiel, y tejiendo
una corona de espinas...
y cruzando dos maderos.

PATAMAR.

No lo entiendo.

JAVIER.

Ni hace falta.

Corre y calla, mensajero.

PATAMAR.

(Besando, antes de guardarlas, las monedas.)

Blanco, me huelen a flores
de no sé qué tus dineros.

JAVIER.

Es que suelo, en los bolsillos,
llevar especias...

PATAMAR.

Un beso
deja que ponga en el borde
de tu túnica.

JAVIER.

Anda, negro,
no te encuentren.

PATAMAR.

Voy.

(Sale.)

MATEO.

¡Jamás
podré yo consentir esto!

JAVIER.

No te hagas el valentón,
que lo mismo hizo San. Pedro,
y antes que el gallo cantara
tres veces negó al Maestro.
Tú, calla..., y Dios sobre todo.

MATEO.

Pero Atayde...

JAVIER.

Mi contento
sólo lo mustia la pena
de ese nombre, como un peso.
¡Su alma, Mateo, su alma!
Cuando cogerla pretendo
se me va de entre las manos
como el agua de un riachuelo.
¡Su alma! ¡Qué dolor!... ¡Su alma!

MATEO.

¿Todavía tienes tiempo
de dolerte del verdugo
cuando está la soga al cuello?

JAVIER.

Es Dios el que lo dispone...
¡El es sólo el instrumento!

(Durante los últimos versos ha empezado a oírse tumulto de voces.)

VOCES, DENTRO.

—¡Milagro! ¡Milagro!
—¿Dónde
está el padre?

—Por aquí.

MATEO.

Vienen en tu busca.

JAVIER.

¡Esconde

la luz, Mateo!

VOCES.

—¡Responde,

padre!

—¿Dónde está?

—Le vi

de este lado.

JAVIER.

(A MATEO, queriendo huir por la izquierda.)

¡Corre! ¡Ven!

(Le ha descubierto un grupo de mujeres y hombres —negros y malayos— que sale por derecha con faroles y antorchas. Delante, llorosa, desmelenada, viene la MADRE que le llamó para visitar a su hijo moribundo.)

UN HOMBRE.

¡Aquí está!

MADRE.

(Arrojándose a los pies del PADRE.)

¡Bendito!

UNA MUJER.

¿Quién

es este que huye asustado
como quien hace un pecado
después de hacer tanto bien?

MADRE.

¡Padre!

JAVIER.

¡No llores!

MADRE.

De amor

son las lágrimas que lloro.

Que oigan todos el favor.

¡Me ha despertado mi flor!

¡Me ha devuelto mi tesoro!

JAVIER.

No la escuchéis, que no es cierto.

MADRE.

(Reteniéndole por las rodillas.)

¿Cómo no, si estaba muerto
mi niño cuando él llegó?
Heladito estaba y yerto,
que mi mano lo tocó;
como nieve del nevero;
los ojos sin luz ni brillo;
ya poniéndose amarillo
como la flor del romero.
Y yo, como loca: "Quiero
que venga el padre Javier."
"¿Y el padre, qué puede hacer?"
"No importa; una madre quiere,
cuando un hijo se le muere,
los imposibles poder."
Y llega el padre; le toca
con su báculo; la boca
le acerca... ¡y ha revivido!

TELON

JAVIER.

¡Era que estaba dormido!

¡No hagáis caso de esta loca!

MADRE.

Es verdad... ¡Yo os juro que
revivió al rozar su báculo!

JAVIER.

En todo caso, Dios fué...
Entre su Gracia y tu fe
yo no fui más que el obstáculo.

UN HOMBRE.

¡Es un santo!

JAVIER.

¡Por favor,
que os calléis!

UNA MUJER.

¡Echadle flores!

JAVIER.

(Huyendo a viva fuerza, entre todos, que quieren besarle manos y sotana.)

¡No soy sino un pecador
más entre los pecadores!
Locos sois y soñadores;
desperté a un niño dormido...
No ha sido lo sucedido
tal prodigio ni favor...
Pero recen al Señor
como si lo hubiera sido.

ACTO III

CUADRO PRIMERO

En Macassar. A la puerta de la tienda del jefe de la tribu. Esta estará situada en la izquierda y tendrá, sobre la puerta, como un toldillo, sostenido por bambúes. Paisaje de desierto. Palmeras. Lejanía.

INDIO PRIMERO.

¿Preparaste ya el cestillo
con la legumbre y el pan
para el sacrificio?

INDIO SEGUNDO.

Todo
dispuesto y medido está.

INDIO PRIMERO.

Vamos, entonces...

INDIO SEGUNDO.

Aguarda;
¿no ves una nube allá,
donde el sol cubre la arena
de estrellitas de cristal?

INDIO PRIMERO.

Ya veo.

INDIO SEGUNDO.

Seguramente,
los portugueses serán.

INDIO PRIMERO.

Avisa al jefe.

INDIO SEGUNDO.

Señor,
de lejos se ve llegar
una caravana.

(Ha salido el JEFE, seguido de un indio más, que hará todo el tiempo a su lado oficios de chambelán, y al que llamaremos CHAMBELÁN. Detrás ha salido el GRAN BRAHMÁN.)

JEFE.

Son

los blancos, que como está
ya enjuto el cielo, y la arena
buena para caminar,
es tiempo ya de que vengan.
¿No te parece, Brahmán?

BRAHMÁN.

¡Que Brahmá le traiga al indio
por ellos prosperidad!

CHAMBELÁN.

Ya se ven carros y bueyes.

JEFE.

Ya parecen acampar.
Enciende una antorcha y sube
que la vean flamear,
no les deslumbre y les pierdan
las arenas.

INDIO PRIMERO.

(Enciende una antorcha. Sube a una palmera y da un grito gutural.)

¡Blanco, acá!

¡Blanco, acá!

CHAMBELÁN.

Ya nos han visto.

JEFE.

Ya se quiere destacar
alguno. ¡Mueve la antorcha!

CHAMBELÁN.

Ya llega.

JEFE.

El blanco será
de que el portugués habló.
¿No lo ves venir, Brahmán?
Descalzo viene, y la túnica
desgarrada.

INDIO PRIMERO.

¡Por acá!

JEFE.

¡Viene encorvado como una
caña con el vendaval!

CHAMBELÁN.

La caminata es penosa.
Por aquí, blanco.*(Ha entrado el PADRE JAVIER, descalzo; la sotana, maltratada; apoyándose en un bastón. Le sigue, con unas alforjas, MATEO.)*

JAVIER.

La paz
del Señor con todos.

JEFE.

Pasa.
¿Tuviste que caminar
muchos días?

JAVIER.

Más de diez.

JEFE.

Vendrás llagado de andar;
nuestra ley manda lavar
al caminante los pies.

MATEO.

No os molestéis que, aunque ha ido
a pie por los arenales,
yo sé que, estando dormido,
cada noche le han lamido
manos y pies los chacales.

JEFE.

¿Los chacales?

JAVIER.

Este andaba
tan cansado del desierto
que, cuando se reposaba,
lo que dormido soñaba
pensaba verlo despierto.

JEFE.

¿Y qué quieres?

JAVIER.

Predicar
la Verdad y el Bien.

JEFE.

Negar
es eso nuestra creencia.

JAVIER.

Es sólo pedir licencia
de poderla comparar.
Si un ciego, de pronto, viera
en una noche de luna,
seguramente creyera
que en todo el cielo no hubiera
luz como aquella ninguna;
mas, luego, dudara al ver
la aurora con su arrebol,y, al fin, al verlo nacer,
alcanzara a comprender
que tiene más luz el sol.

JEFE.

¿Y vienes?

JAVIER.

Vengo de España,
que es una peña que cierra
por Occidente la tierra
que el Mar Tenebroso baña;
granero de Dios, encierra
cosecha para inundar
el mundo, y al aventar
esa cosecha que digo,
yo soy un grano de trigo
que trajo el viento al azar.

JEFE.

No pienses que nos aterra
tu palabra; di mejor
cómo vienes a esta tierra.

JAVIER.

A mitad en son de guerra
y a mitad en son de amor.
La Verdad traigo en mis manos:
vengo a predicar a Cristo.

JEFE.

Luego eres tú, por lo visto,
de esos que llaman cristianos...
Pues, en Ceylán, tus hermanos
fueron muertos a cuchilla.

JAVIER.

¡Qué importa! La plata brilla
mientras más se bruñe, más.
Morir por Cristo es la paz.
De Cristo serán semilla
los mártires de Ceylán,
y sus sepulcros serán,
abiertos sobre las rocas,
por todos los siglos, bocas
que a Cristo confesarán.

CHAMBELÁN.

*(A grandes voces.)*Repara que está delante
del Jefe, y tanta osadía
va resultando arrogante...
¿O es que quiere tu desplante
celar tu superchería?

JAVIER.

(Mirando a todos lados.)

¿Cuál es el sordo?

*(Por el BRAHMÁN, que está
hierático e inmóvil.)*

¿El santón?

CHAMBELÁN.

No hay nadie sordo.

JAVIER.

Perdón;
¡como esos gritos me dais!...
¿O es que con gritos pensáis
robustecer la opinión?

JEFE.

El blanco tiene razón.
Hemos de hablar poco a poco,
y empecemos por oír
lo que él tenga que decir.

BRAHMÁN.

Por las palabras de un loco
no te dejes seducir.

JAVIER.

*(Irónico, al BRAHMÁN.)*Pues si es molestia y agravio
oír al loco misionero,
será prudente, primero,
saber lo que dice el "sabio".
Muéstrale tú al extranjero
la ciencia de los brahmanes.

BRAHMÁN.

¡Mi ciencia es oculta!

JAVIER.

¡Basta!

Vosotros sois una casta
de ociosos y charlatanes.
¿Para quién guardas tú, brujo,
tu saber?

BRAHMÁN.

En todo hay grados.

JAVIER.

¿Para qué tanto tapujo?
La fe, brahmán, no es un lujo
de unos pocos iniciados.

(Insinuante.)

Porque su luz redentora
por todo el mundo se vea,
el Señor que mi fe adora
encendió con luz de aurora
los campos de Galilea;
no quiso, avaro, ocultar
lo que nos vino a enseñar
como una doctrina extraña.
Cristo enseñó en la montaña,
y en el lago, y en el mar...

JEFE.

(Al BRAHMÁN.)

¿Qué respondes?

BRAHMÁN.

Le diré
que no todos los mortales
alcanzan las celestiales
claridades de la fe.

JAVIER.

¿Pues no son todos iguales?

BRAHMÁN.

No blasfemes; yo he salido
de la cabeza de Brahma.

JAVIER.

¡Tú eres polvo ennoblecido
por una indecisa llama
de Dios!

BRAHMÁN.

Habla comedido,
que tus palabras se van
excediendo. Bien están
tu dios y tu catecismo...
¡pero un paria y un bráhmán
no serán nunca lo mismo!

JAVIER.

¿Según qué ley?

BRAHMÁN.

Según que
Brahma, al hacerlos, les dé
distinta naturaleza.
El paria nace del pie
y el brahmán de la cabeza;
y así se marca en razón
del nacer, la distinción
de estos diferentes modos...

JAVIER.

¡A mi Dios le caben todos
dentro de su corazón!
Esa es la enseñanza mía.

JEFE.

Mucha belleza hay en ella.

JAVIER.

La Verdad es siempre bella.

BRAHMÁN.

¡Y también la fantasía!

JEFE.

Mas di: ¿quién ofrecería
no habiendo estos "charlatanes",
como tú dices, los panes
porque los dioses los tomen?

JAVIER.

Pero... ¿vuestrs dioses comen?
¿No serán vuestrs brahmanes?

BRAHMÁN.

¡Me injurias!

JEFE.

Tu indignación
guarda y opón la razón
contraria a sus argumentos.

JAVIER.

*(Envalentonado por el apo-
yo del JEFE.)*

Dime tú los mandamientos
de tu ley.

BRAHMÁN.

Blanco: no son
mis mandamientos oscuros.

JAVIER.

¿Qué manda tu dios?

BRAHMÁN.

Beber
agua clara y no comer
los animales impuros.

JAVIER.

¡Sentencia bien pobre y loca;
que para Dios sólo vale
lo que por la boca sale,
no lo que entra por la boca!
Con esta doctrina, poca
consideración le dais
a lo interior... No digáis
con vuestra boca mentira,
no la manchéis con la ira...
¡y comed lo que queráis!
Lo ponéis todo al servicio
de la apariencia exterior.
A los ojos del Señor
desatáis el mal y el vicio...
¡y después el pecador
ya se figura que aplaca
su justicia y su grandeza
con regarse la cabeza
con suciedades de vaca!
Mi fe es más honda y empieza
donde se acaba el mirar.
¡Es necesario bajar
a lo más hondo a cogerla,

como se coge una perla
de lo profundo del mar!

JEFE.

¿Cuál es tu doctrina?, di.

BRAHMÁN.

Corta de una vez su paso.

JEFE.

¿Por qué, Brahmán?

BRAHMÁN.

Porque así
servirás al dios.

JEFE.

¡Y acaso
te sirva también a ti!

JAVIER.

Tú pasas tardes y auroras
ante el padre Sol hincado,
porque ninguno te ha hablado
del solo Dios que ha creado
ese Sol al que tú adoras.
De ese Dios, que no es igual
a ningún dios, vengo a hablarte,
y en nombre de El, a enseñarte
que por amor al mortal,
vino al mundo en un portal,
y carne humana vistiendo,
tomando Jesús por nombre...

BRAHMÁN.

¡Ya está el cristiano mintiendo!

*(Escupe a la cara del PA-
DRE JAVIER.)*

JEFE.

(Se levanta, imperativo.)

¡Brahmán!

*(El BRAHMÁN se ha retira-
do unos pasos, atemoriza-
do. El JEFE se ha quedado
perplejo al ver al PADRE
JAVIER secarse serene-
mente el rostro y pro-
seguir.)*

JAVIER.

Ibamos diciendo
que Cristo Dios se hizo hombre
para enseñarle al mortal
esta ciencia celestial
que no alcanzan tantos sabios
de perdonar los agravios
y devolver bien por mal.

JEFE.

¿Qué hombre es éste que resiste
así el insulto?

JAVIER.

Es honor
sufrir por Cristo. El valor
El me lo da... Soy un triste
siervo de tan gran Señor.

JEFE.

Blanco: tu extraño poder
me arrebató y me conquista.
Haz un milagro a mi vista,
y te prometo creer.

JAVIER.

Sin prodigios ha de ser.
Los verdaderos creyentes
no piden pruebas vivientes
de la luz; basta su brillo...
¡Soy algo más que un sencillo
encantador de serpientes!
Has de medir sin más luz
que la fe todo el abismo,
y has de creer por el mismo
escándalo de la Cruz.
Yo hablo en nombre de Jesús,
que, escupido y flagelado,
rota su carne divina,
murió en una cruz clavado.

JEFE.

Nos aportas la doctrina,
entonces, de un condenado.

JAVIER.

De un condenado de amor
que nos amó de tal suerte,
que nos dió vida en su muerte
y esperanza en su dolor;
de un generoso Señor
que para todos tenía
una palabra de miel,
y a los parias atendía
y a los niños les decía
que se acercasen a El;
¡de un Dios que en la Cruz clava-
tiene ya por los pecados [dos
de todos los pecadores
de tanto abrirlos de amores
los brazos descoyuntados!

JEFE.

Será preciso escuchar,
blanco, toda tu creencia.

JAVIER.

Sólo te pido licencia
para poderla enseñar.

(Ha entrado DON ALVARO
DE ATAYDE.)

ATAYDE.

¿Qué es esto?... ¿Es que en Ma-
[cassar
también oyen tus sermones?

JAVIER.

Venga aquí el amigo fiel
de las dulces intenciones.
¡Ya están mansos los leones
de la cueva de Daniel!

ATAYDE.

Aun me faltas al respeto
cuando todo te lo he dado
para esta empresa.

JAVIER.

¡Fiado
en mi perdición!

ATAYDE.

(Con ira y gesto de arro-
jarse sobre JAVIER.)

¡¡No!!

JEFE.

¡Quietol,
que es mi huésped, y es sagrado.
(ATAYDE se queda inmóvil,
decepcionado.)

JAVIER.

Desiste, Atayde. No es
razonable —ya lo ves—
que el Señor me haga venir
hasta el Oriente... a morir
a manos de un portugués.

ATAYDE.

¿Qué dices, Javier?

JAVIER.

Creías
que en Macassar me exponías
a los últimos rigores,
y ellos han sido mejores
de lo que tú suponías.

JEFE.

El blanco tiene razón,
y sospecho, portugués,
que con perversa intención
tramabas su perdición
según tu propio interés.

(A JAVIER.)

Pero no tema el cristiano,
que su hablar no ha sido vano.
Viva aquí cuanto quisiere
que el indio bueno no quiere
sangre de justo en su mano.

(A ATAYDE.)

Y si quieres tu dinero,
portugués...

ATAYDE.

Pero... ¿qué dices?

JEFE.

Te lo repito, extranjero:
si lo quieres...

ATAYDE.

¡Nada quiero!

JAVIER.

(Suave, natural.)

Pero no te escandalices,
que estoy de todo enterado.
Veinte monedas he visto
que eran precio de un pecado...
¡A alto precio me has tasado,
que treinta dieron por Cristo!

ATAYDE.

Di que es mentira, Javier,
cuanto has dicho.

JAVIER.

¿Es que mintieron
estos dos ojos al ver
cierta carta?

ATAYDE.

(Fuera de sí. Ademán de
arrojarse sobre JAVIER.)

¡Habré de hacer

lo que estos bobos no hicieron!

JEFE.

¿Qué extranjero se atrevió
frente al indio a tales modos?

(A su séquito.)

¡Acercadle!

JAVIER.

(Van a echarse sobre ATAY-
DE. El PADRE JAVIER lo
cubre con su cuerpo.)

¡Quietos todos!

¡Que ahora lo defiende yo!

JEFE.

¿Pero cómo, si él tramó
tu muerte, pones tu mano
por su defensa?

JAVIER.

Es mi hermano,
además de mi enemigo;
¡que nadie le ofenda, digo!

JEFE.

¿Eres loco?

JAVIER.

¡Soy cristiano!
La venganza no complace
mi doctrina ni mi fe...,
y el Señor perdona al que
no sabe lo que se hace.

(A ATAYDE.)

Yo, en adelante, seré
la mejor guarda al cuidado
de tu vida pecadora...
¡No puedes morir ahora,
que sé que estás en pecado!
Que nadie se atreva, osado,
ni un pelo tuyo a rozar...
Y ahora, mirádmee besar
la mano que me asesina.
¡Esta es la nueva doctrina
que os he venido a enseñar!

ATAYDE.

¡Siempre acabas por vencer!

JAVIER.

Es que siempre lucha Dios
por el lado de Javier...
¡No vas, Atayde, a poder
tú solo contra los dos!

JEFE.

Bien está; queda amparado
Atayde por tu deseo.
Y ahora, blanco, es ya llegado
el momento deseado
de oír tu doctrina.

TELON

JAVIER.

Mateo:
si el jefe da su licencia,
llama al pueblo a mi presencia.

JEFE.

Puede el que quiera llegar.

MATEO.

(Ha sacado la campanilla
de sus alforjas. Se acerca
a la derecha y la agita
frente a la llanura.)

Vengan todos a escuchar
del blanco la nueva ciencia
de la Vida y la Salud...

(Empiezan a llegar indios,
indias y niñas. MATEO si-
gue agitando la campa-
nilla.)

¡Saber es de gran virtud
este saber excelente!

(Entran más indios e in-
dias.)

JAVIER.

Siéntese en torno la gente.

(Se sientan en rueda. El
JEFE permanece como en
la anterior escena, con el
CHAMBELÁN y los dos in-
dios detrás. El BRAHMÁN,
algo retirado, de pie.
ATAYDE, de pie, por dere-
cha, apartado. JAVIER, en
el centro de todos.)

Y no tengan inquietud,
que no vengo en son de guerra,
ni daño ninguno encierra
mi palabra ni mi voz.
Vengo a hablar de un solo Dios,
creador del cielo y la tierra...

CUADRO SEGUNDO (1)

El muelle de Malaca. Atravesará algo oblicuamente el fondo de la es-
cena, el cantil de dicho muelle. A derecha, en primer término, la proa
labrada de un galeón, que se supone atracado al muelle. Llenando todo
ese extremo de la escena, la vela cuadrada del galeón. Algunos marine-
ros suben y bajan, en faena, del galeón al muelle. En éste se hallarán
DON DUARTE DE GAMA, marinero portugués, y MATEO.

MATEO.

¡Pero es cierto, don Duarte,
que hoy mismo piensan zarpar
sus naves para el Japón?

DON DUARTE.

No puedo esperarme más.
La estación de los tifones
se acerca, y el navegar
en ella es grave peligro.

MATEO.

¿Y es cierto que también va
el padre Francisco?

DON DUARTE.

Acaso...

MATEO.

Déme una seguridad...
¿Se va de Malaca?

DON DUARTE.

Acaso...

¡No puedo decirle más!

MATEO.

¡Por favor!

DON DUARTE.

Muy cerca viene
quien le puede contestar.

(Ha entrado, por izquier-
da, el PADRE JAVIER, con
MANSILLA; el PADRE COS-
ME DE TORRES; JUAN
FERNÁNDEZ, portugués, y
YAGIRO, japonés.)

MATEO.

¡Padre Javier de mi alma!
¡No me niegue la verdad!

JAVIER.

El viento cuenta las cosas;
te quería dispensar
estos instantes, Mateo.
Pero es más fácil celar
una luz en una criba
que una nueva en la ciudad.

MATEO.

¡Y qué va a ser de nosotros
en Malaca, si se va!

JAVIER.

Ya es tiempo de que las crías
vuelen solas.

(1) Por necesidades de adaptación escénica, se suprime en la repre-
sentación.

DON DUARTE.

¿Y tan mal, padre, le quieren las Indias, que huye de ellas?

JAVIER.

La verdad: el misionar en las Indias es a medias misionar. Por aquí anda todavía muy a la mano Portugal; hay que luchar con los indios y los cristianos al par. Yo sueño un mundo lejano, donde estén para luchar, de una parte, los infieles; de otra, Cristo... ¡y nada más!

MANSILLA.

No se queje el padre, que buena siembra deja atrás.

JAVIER.

Mucho besarme la mano, mucho oírme predicar..., ¡pero el mercado de negros no se acaba de cerrar!

DON DUARTE.

Los pasajeros son, pues...

JAVIER.

Estos que conmigo van: el padre Cosme de Torres, hermano novicio ya, y mi Juan Fernández, que no lo es, por humildad... Y Yagiro el japonés, que puso Dios, al andar de mi camino, como una estrella.

MANSILLA.

Por él empezó a pensar —¿verdad, padre?— en esta em-del Japón, a que ahora va. [presa

JAVIER.

Estaba ya entristecida mi impaciencia de no hallar un fuego que compartiera el fuego de mi ansiedad, cuando con Yagiro tuve ocasión de platicar.

Hablamos de Dios; le dije, como pude, la verdad de Cristo y de su doctrina, y él me empezó a preguntar... ¿Comprendéis, hijos, la gloria para un maestro, de hallar discípulo que pregunta, alma que a su encuentro va? Es como hallar una estrella y un eco en la soledad.

Me dijo que los japones aman todos la verdad.

El alma se me encendía oyéndolo razonar;

prisionero de estos ojos llenos, en su oblicuidad, de afanes de comprender y afanes de preguntar, como el piloto que grita "¡Tierra!", al verla sobre el mar, ganas de salir me dieron gritando por la ciudad:

"¡Al fin hallé la inquietud y hallé la curiosidad!"

Desde entonces, en mi alma, decidí correr allá;

que a ese pueblo de letrados que, con hambre de Verdad, lleva preguntando siglos...

¡yo le voy a contestar!

(Han entrado atropelladamente hombres y mujeres, entre ellos DOÑA LEONOR, DON ALVARO DE ATAYDE y el VICARIO de Malaca.)

DOÑA LEONOR.

(Inquieta, llorosa.)

¿Es cierto que va a zarpar al Japón su reverencia?

ATAYDE.

¿No sientes miedo del mar?

JAVIER.

Siento que vas a quedar a solas con tu conciencia.

DON DUARTE.

Hoy zarpamos.

ATAYDE.

No me atrevo otra cosa a aconsejar. Mas yo no fuera a buscar al Japón peligro nuevo después del de Macassar.

JAVIER.

¿Tan grave peligro había?

ATAYDE.

Siempre, el que mucho se adentra, un poco a Dios desafía...

JAVIER.

¡A Dios gracias, no se encuentra un Atayde cada día!

P. VICARIO.

Mirad que nadie se atreve con la gente de aquel suelo.

JAVIER.

Por eso no van al cielo: por no encontrar quien los lleve.

P. VICARIO.

Son gente de alma de nieve y dura de sentimientos que jamás se han misionado.

JAVIER.

Mirad que si habéis tomado para que mude de intento ese camino, habéis dado con el camino peor; esa es la senda derecha para encender mi fervor... Si le auguráis tal cosecha, ¿se detendrá el sembrador?

DON DUARTE.

Padre, ya es tiempo.

MATEO.

Es muy ruda la separación.

JAVIER.

Señores...

DOÑA LEONOR.

Del mejor de sus amores se queda la India viuda.

JAVIER.

(Abrazando a MANSILLA.)

Dios te llene de favores, hermano, y que no me olvides mi misión y mi alegría; que me injertes y me cuides aquellas primeras vides que están verdes todavía: Comorín, que es mi desvelo... Ceylán, mi pena y mi cielo... ¡y esas Molucas, que son rosas de mi corazón y de mis ansias consuelo! Pon tu fe más encendida en todos, como quien cuida de mi descanso y mi paz... ¡Son pedazos de mi vida que me voy dejando atrás! Y vos, mi padre Vicario, seguid mi siembra... Habéis visto el estilo necesario.

Predicadles a diario;
y al hablar, padre, de Cristo
no habléis con esa pasión,
que acobarda el corazón
y a los novicios retira...
Hablad más que de su ira
de su gracia y su perdón.
No os contentéis con sermones
de iglesia a puerta cerrada.
Andad en conversaciones
en mercados y mesones
sin miedo a nadie ni a nada.
Cristo vivió en un establo;
y yo por El bebo y hablo
y hasta juego al ajedrez...
¡que, jugando, alguna vez
le gané un alma al diablo!
Todo es, por Cristo, oportuno:
y si yo creyera un día
que, bailando yo, podía
salvar el alma de alguno...,
¡yo os juro que bailaríal!
Señora doña Leonor...

*(Esta le besa, sollozando,
la sotana.)*

Mi fiel Mateo...

MATEO.

(Lo mismo que DOÑA LEONOR.)

¡Se parte
el alma!

ATAYDE.

*(A quien abraza el PADRE
JAVIER: frío, diplomático.)*

¡Siento dejarte!

JAVIER.

*(Sacándose del pecho un
queño crucifijo y dándoselo.)*

Y tú toma, por favor,
esta cruz que quiero darte.
Dios te colocó a mi paso
por mi enseñanza y mi bien...

¡Conviene sentir también
la amargura del fracaso!
Adiós, todos.

MATEO.

¿Pero quién
se atreve a dejar salir
el padre hacia tal camino?

MANSILLA.

¡No es posible consentir
que acabe tal desatino!

JAVIER.

(Con arranque muy suyo.)

¡No acabaré de salir
jamás de aquí si me hablando!
Si me seguís estorbando
me echo ahora mismo en el mar...
¡que estoy cierto de llegar,
sobre las olas, andando!

*(Logra soltarse. Corre ha-
cia el barco, seguido del
PADRE COSME, YAGIRO y
JUAN FERNÁNDEZ.)*

MATEO.

¡Padre! ¡Padre!

JAVIER.

*(Entrando en el barco: sin
volver la vista.)*

Basta, niño,
de blandura y sentimiento.
¡Ahí os dejo sobre el viento,
sin palabras, mi cariño!

DON DUARTE.

*(Que ha subido también al
barco.)*

¡El ancla!... Llegó el momento.

MATEO.

¡Padre!

DOÑA LEONOR.

¡Qué pena! ¡Qué pena!

JAVIER.

Señor, el alma se llena
de lo infinito del mar.
¡Al fin Javier va a intentar
algo que valga la pena!

DON DUARTE.

¡Las jarcias! ¡Viento excelente!
No pensé que en esta luna
soplara tan reciamente.

JAVIER.

¡Ese viento es mi fortuna,
que siempre sopla hacia Oriente!

TELON

CUADRO TERCERO

En Funay (Japón). Interior de la cabaña de tablas y bambúes, que habitan el PADRE JAVIER y sus compañeros. Algunos modestos pertrechos de vivienda. A la izquierda, sobre una pared en chaflán, la puerta. Durmiendo, en el suelo, YAGIRO, el PADRE COSME y JUAN FERNÁNDEZ. En el centro de la escena, el PADRE JAVIER vela en extática oración. Es de noche. En el techo, por entre las junturas de unas cañas, se filtrará la luz de la luna, que iluminará el rostro del PADRE.

JAVIER.

¡No me des tanto consuelo,
que me quitas este anhelo
con que la muerte convida...!
Si haces de la vida cielo,
vas a apegarme a la vida...
¡Basta ya de estas divinas
luces con que me iluminas
mis honduras tenebrosas!
Señor..., ¡un poco de espinas!
¡Basta ya por hoy de rosas...!

*(Se oye, afuera, un grito
largo y gutural, como una
señal convenida. YAGIRO
se levanta y observa por
entre las junturas de la
puerta.)*

¿Ese grito...?

YAGIRO.

Es de la gente,
de los "bonzos". Se les siente
muy cerca.

JAVIER.

¿Estamos cercados?

YAGIRO.

Sí, padre, completamente
cogidos, por todos lados.
Si supiera don Duarte,
el que nos trajo al Japón,
lo que te ocurre, a salvarte
vendría.

JAVIER.

No sé en qué parte
está con su expedición.
¿Y nieva?

YAGIRO.

Paró algo, y luego volvió... Sobre la pradera, toda blanca, cada hoguera parece una flor de fuego que un tallo de luz tuviera.

JAVIER.

Si Dios no aplaca el delirio de estos infieles, serán flores que nos tejerán la corona del martirio.

YAGIRO.

¡Qué hondas tristezas me dan, padre, de haberte animado a venir! Hablé fiado de mi pueblo y me engañé.

JAVIER.

No te engañaste. He encontrado para recibir la fe, Yagiro, en todo el Japón, las almas llenas de afanes. Pero estos "bonzos", que son lo que allá son los brahmanes, me mueven persecución, porque ven que el triunfo mío lleva el pueblo a su desvío y sus poderes desgasta. Luchan para que su casta no pierda su poderío. No luchan por el amor de la Verdad, sino por los intereses rastroeros... ¡Siempre los treinta dineros de Judas, contra el Señor!

(Vuelve a oírse, fuera, el mismo grito. Se levantan el PADRE COSME y JUAN FERNÁNDEZ y miran por la puerta.)

P. COSME.

¡Los "bonzos"!

JUAN FERNÁNDEZ.

¡Qué horror!

JAVIER.

¡A dar,

hijos, a la muerte el pecho!
¿No vinimos a sembrar?
¡Pues es preciso regar la siembra que ya hemos hecho!

YAGIRO.

Saben los "bonzos" que el Rey, por no perder el favor de Portugal, con amor nos trata, y ellos, sin ley, nos mueven, con el rigor de la noche, esta enemiga.

(Se oye un ruido como si movieran los bambúes que forman la pared.)

¿No escucháis por esta parte?

UNA VOZ FUERA.

¡Padre!

JAVIER.

¿Quién es?

LA VOZ.

¡Gente amiga!

¡Padre Javier!

JAVIER.

Pero diga

su nombre.

(Se han visto quebrarse casi a ras del suelo algunas cañas. Aparece entre ellas, casi arrastrándose DON DUARTE DE GAMA.)

¿Quién...? ¡Don Duarte!

DON DUARTE.

Pero, hermanos, ¿no advertís el peligro? Por detrás tienen cien hombres.

JAVIER.

Y más

por delante...

DON DUARTE.

¡Y lo decís

con ese rostro de paz!
Tengo mi barco y mi gente muy cerca: al ver las señales de fuego, preví los males del padre, y calladamente por esos cañaverales pude llegar sin ser visto. Para salir está listo todo. Si a mí no me vieron, nos os verán...

(Ademán en todos, menos en el PADRE JAVIER, de salir. El PADRE JAVIER los detiene.)

JAVIER.

¡Y es lo que hicieron

los discípulos de Cristo la noche que lo prendieron!
¡Yo no negaré al Señor en el atrio de Caifás!
Ni yo seré el labrador que cuando el campo está en flor se deje su siembra atrás.

DON DUARTE.

¡Estáis cercados de hogueras! Si esa canalla irascible le coge, como unas fieras, le pondrán en cruz.

JAVIER.

¿De veras?

¿Será tal dicha posible?

DON DUARTE.

¿Qué decís?

JAVIER.

¡Oh! Perecer

por su amor... ¡y en una cruz!
Amigos: ya empieza a ser roja en el cielo la luz.

DON DUARTE.

¡Que no hay tiempo que perder!

JAVIER.

¿Quién habla de perder, cuando está, ya en flor, estallando la madurez de la yema...?
¡Perder...! ¡Si estamos llegando a la ganancia suprema!

P. COSME.

(Arrodillándose ante el PADRE.)

¡Yo a tu lado en muerte o vida!
¡En esta siega encendida de sol que espera tu anhelo, que me recojan del suelo como una espiga caída!

JUAN FERNÁNDEZ.

¡Y a mí!

YAGIRO.

¡Tu fe nos alienta!

JAVIER.

(A DON DUARTE.)

Sal tú sin que se te sienta...

DON DUARTE.

¡No saldré...! ¡Que cuando invadan la casa esa gente, añadan un pecador en la cuenta!
Diré a mi gente, que está muy cerca, que vuelva allá si gusta, que, en vida o muerte, me quedo a correr la suerte del padre.

JAVIER.

¡Hijo mío!

(DON DUARTE sale arrastrándose.)

YAGIRO.

Está

amaneciendo y ya trata de llegar la gente...

JAVIER.

¡Ingrata
ciudad maldecida y loca!
¿Qué daño le hizo la roca
al mar que así la maltrata?

YAGIRO.

Se va acercando la fiera.

JAVIER.

Venid, hijos, a mi vera...

(Todos le rodean. Algunos se hincan. El, de pie, en el centro, se dirige al PADRE COSME.)

Pedro, si yo muero, toma el mando tú... Y cuando muera, al padre Ignacio, allá en Roma, si alguno sobrevivís, de mi parte le escribís que ha muerto, pensando en él, lleno de amores... aquel impaciente de París.

YAGIRO.

Padre, de este lado he visto unas ramas encender.
¡Nos quieren hacer arder!

JAVIER.

¡Al fin va a sufrir por Cristo alguna cosa Javier!
Si vivo, serán ganados para Dios estos estados.
Si muero, espero la gloria...
¡Amigos, por todos lados me cerca ya la victoria!

(Vuelven a moverse los bambúes por donde entró DON DUARTE. Aparece, como antes, éste, y tras él hombres con armas.)

DON DUARTE.

¡Padre!

JAVIER.

¡Cuánta gente, amigo!

DON DUARTE.

Ninguno quiso partir...
Llego a mi gente... le digo el caso... y dicen: ¡Contigo vamos todos a morir!

UN HOMBRE.

¡Contigo y el padre, sí!

OTRO.

¡Todos contigo!

DON DUARTE.

¡Y así,

si el cielo te abre hoy su entrada, llevarás una brazada de espigas dignas de ti!

(Se oyen gritos fuera. Se empieza a transparentar por los bambúes, hacia el lado de la puerta, un resplandor rojo de llamas.)

YAGIRO.

¡Fuego!

JUAN FERNÁNDEZ.

¡Nos van a quemar la casa por todos lados!

DON DUARTE.

No estamos ya desarmados.
Abrid, pues, de par...

(YAGIRO y FERNÁNDEZ quitan las tablas de la puerta. Amanece. Se ven, rodeando la cama, japoneses con lanzas y antorchas encendidas. Gritos de asombro al ver los portugueses al lado de los misioneros. Todos forman grupo en el centro de la escena, mirando hacia fuera. DON DUARTE, con la espada desnuda, avanza hasta la puerta.)

¿Pensabais que abandonados guardaban estos maderos unos pobres misioneros que iban a morir quemados?

¡Pues mirad los compañeros que tienen, por vuestro mal!
¡Vamos a ver si es igual hacer la guerra a Jesús cuando está junto a su Cruz la espada de Portugal!

(Los japoneses levantan las manos, con grandes gritos insistentes. DON DUARTE pregunta a YAGIRO.)

¿Qué quieren?

YAGIRO.

Parlamentar.

DON DUARTE.

Pues di que se acerque uno.

(YAGIRO sale a la puerta. Se le acerca un japonés haciendo grandes reverencias. Habla un instante a YAGIRO, con grandes gestos.)

¿Qué habla?

YAGIRO.

Dice que ninguno quiere al portugués dañar ni sus armas ofender...

DON DUARTE.

Diles que se dejen de esas cortesías japonesas que yo no alcanzo a entender.
Diles que el padre Javier y todos estos cristianos viven en nuestra amistad.
Y de su vida, a mis manos, con niños y con ancianos, me responde la ciudad.

TELON

YAGIRO.

Dice que pases encima de su alfanje y su puñal..., que el Rey tiene en grande estima la amistad de Portugal.

JAVIER.

¡Más honda herida mortal de esta manera me han dado!
¡Los mismos que se han burlado de mis misiones cristianas ahora se rinden de grado, por no perder su mercado de sedas y porcelanas!
Pero así no habrá de ser.
¡Esas armas, envainadas!

(Subjugados todos, incluso DON DUARTE, envainan las espadas.)

No vino el padre Javier hasta el Japón a vencer con arcabuces y espadas.
¡Ninguno me ha de seguir!

(Saca de su pecho el crucifijo.)

¡Y ahora, miradme salir sin más armas que mi Dios, mi fe, mi cruz... y esta voz que no quisieron oír!
¡Hincada toda la gente!

(Los japoneses le abren paso. Se inclinan, subyugados por su figura. El PADRE se vuelve, desde fuera, hacia DON DUARTE.)

¡Y tú, al volver a Occidente, cuenta que has visto, a la luz clara y lejana de Oriente, doblar a un pueblo la frente, sin más armas que la Cruz!

(Sigue avanzando, mientras cae el telón.)

EPILOGO

Interior del castillo de Javier, en Navarra. Postigo a la derecha. A la izquierda, puerta hacia las habitaciones interiores. Chimenea de campana. Junto a ella, en sillones y sitaliales, DON MIGUEL DE JASO, hermano primogénito de JAVIER; otro hermano, e hilando en la rueca, una HERMANA. DON MIGUEL está leyendo una carta.

MIGUEL.
 "...Ahora ando, hermano, en el tran-
 [ce,
 si el Señor fuere servido,
 de embarcar a China, donde
 espero abundante trigo
 para Dios. Gracias al cielo,
 con los japones sufrimos
 algo con qué compensar
 los pecados infinitos
 con que habemos agraviado
 la dulce sangre de Cristo.
 El Señor nos preservó
 la vida; seguro signo,
 pues la vida nos alarga,
 de que es poco lo que hicimos.
 Habrá que hacer más labor,
 pues que Dios nos da más hilo.
 La salud anda quebrada
 y el color vuelto amarillo.
 De un año tengo a esta parte
 el cabello emblanquecido.
 Pero así voy más aprisa
 por mi senda y mi camino,
 que como el cuerpo anda flaco
 le pesa poco al espíritu
 y me lo lleva en volandas
 como pajueta de trigo.
 No me olviden en los rezos
 como yo no les olvido.
 Inútil siervo de Dios
 y hermano vuestro, Francisco."

HERMANO.
 ¡Viva como el primer día
 su impaciencia!

HERMANA.
 ¡Siempre el mismo!
 Habla de marchar a China
 como hablara aquí, de niño,
 de ir a la vera, al jardín,
 la cuadra o el corralillo.
 (Unos golpes en la puerta.)

VOZ, FUERA.
 ¡Abran, hermanos, al pobre!

HERMANO.
 ¿Llamaron?

MIGUEL.
 (Abre. Se oye, al abrir, el
 viento fuera. Hay un
 mendigo a la puerta.)
 Abre el postigo.

MENDIGO.
 Hermanos, por caridad,
 digan si es este el castillo
 de Javier.

HERMANA.
 Este es, hermano.

MENDIGO.
 ¿Quisieran darle al mendigo
 un poco de pan?

EL DIVINO IMPACIENTE

171

HERMANA.
 Espere,
 que voy por él, y el postigo
 entorne, que el viento sur
 hoy corta como un cuchillo.

MIGUEL.
 Tiene la tarde color
 de hábito de San Francisco.

HERMANO.
 Y anda como un oso pardo,
 gruñendo de pico en pico,
 la tormenta.

(Ha vuelto la HERMANA con
 el pan.)

HERMANA.
 Tome, hermano.
 Dios le ampare en su camino.

MENDIGO.
 Y El bendiga a la familia,
 si tiene alguno en peligro
 de mar o tierra.

HERMANA.
 (Cerrando la puerta.)
 ¡Jesús!

MIGUEL.
 ¿Qué pasa?

HERMANA.
 Un escalofrío
 que me cortó el cuerpo.

MIGUEL.
 (Mirando por izquierda.)
 Hermana,
 ¿no se le ha apagado al Cristo
 de la capilla la lámpara?

HERMANA.
 Acaso un soplo de frío...

MIGUEL.
 Ve a remudarle el aceite
 y encender...

(Entra la HERMANA. Pau-
 sa corta. Se la oye gritar
 dentro.)

HERMANA.
 ¡Jesús! ¡Dios mío!

MIGUEL.
 ¿Qué pasa?

HERMANO.
 ¿Qué pasa, hermana?

HERMANA.
 (Entra, temblorosa de ex-
 citación.)

¡Estos dos ojos lo han visto!
 Me acerco con la candela
 a la lamparilla..., miro
 al Cristo que, en el altar,
 está sobre el crucifijo...,
 advierto un color extraño
 por todo el cuerpo del Cristo...,
 le toco, y... ¡mirad mis manos
 mojadas de un rojo tibio!
 ¡Estaba sudando sangre!
 ¡Sudando sangre! ¡Lo he visto!
 ¡Tocad!

(Tocan sus hermanos las
 manos de ella.)

MIGUEL.
 ¡En verdad es sangre!

HERMANO.
 ¡Sangre templada!

HERMANA.
 ¡Dios mío!
 ¡Allá en su tierra lejana,
 algo le pasa a Francisco!

(DON MIGUEL ha cogido el
 hachón que iluminaba la
 escena. Han salido todos
 por izquierda, hacia la
 capilla. Queda la escena
 a oscuras. Se oyen las
 voces dentro.)

¡Tocadlo!

MIGUEL.

¡Sangre, sí, sangre!

HERMANA.

(Sollozando.)

¡Algo le pasa a Francisco!

¡¡Algo le pasa a Francisco!!

(Se abre en el fondo un rompimiento de luz. Aparece en él la playa de Sanchón (San Choan), en Cantón. Arena, mar y cielo. Se ve entrar al PADRE JAVIER, tal como él se ha descrito en la carta, apoyándose en el hombro de PABLO DE SANTA FE, que es el mismo YA-GIRO, ya bautizado.)

JAVIER.

Ahora sí que, hermano Pablo de Santa Fe, ya mi cuerpo se me niega a obedecer el ánimo...

PABLO.

¡Padre!

JAVIER.

Veo

que esta playa de Sanchón será de mi senda término. ¡Morirse viendo las costas de China, que eran mi anhelo, sin entrar en ella, como Moisés murió en el desierto, con la tierra prometida, que era todo su deseo, tan cerca de sus miradas y de sus manos tan lejos!

PABLO.

No diga el padre esas cosas.

JAVIER.

Pablo, déjame un momento.

(PABLO se ha retirado a un rincón. El P. JAVIER ha caído de rodillas en el centro.)

Postrado a tus pies benditos aquí estoy, Dios de bondades, entre estas dos soledades del mar y el cielo infinitos. Con sal en la borda escritos fracasos de su poder, vencida de tanto hacer frente al mar y a su oleaje, ya va a rendir su viaje la barquilla de Javier... Te he confesado hasta el fin con firmeza y sin rubor; no puse nunca, Señor, la luz bajo el celemin. Me cercaron con rigor angustias y sufrimientos. Pero de mis desalientos vencí, Señor, con ahinco. Me diste cinco talentos, y te devuelvo otros cinco.

(Desfallecida la voz.)

Bendice, ahora que se gasta mi luz, a Ignacio y Loyola... Cuida a mi gente española... Y si algún día mi casta reniega de Ti, y no basta para aplacar tu poder, en la balanza poner sus propios merecimientos, ¡pon también los sufrimientos que sufrió por Ti Javier!

(Se deja caer sobre sus piernas. Se acerca PABLO DE SANTA FE.)

PABLO.

¡Padre!

(Trata de sostenerlo por los hombros. El P. JAVIER, como si no se enterase, sigue con la vista en el cielo.)

JAVIER.

¡Morir cuando queda tanto que hacer en Tu obsequio!

PABLO.

¿Qué quiere, padre?

¡Padre!

PABLO.

JAVIER.

(Luchando aún por mantener el rostro hacia el cielo.)

Señor, en Ti espero.

(Sonrisa de gozo.)

Sí..., no me ocultes tu rostro...

Ya va a buscarte tu siervo...

(Va dejando caer la cabeza, mientras dice:)

In te, Domine, speravi non confundar in aeternum!

(Se desploma definitivamente. Va cayendo, lentamente, el

PABLO.

Lo haré.

JAVIER.

Se me nublan

los ojos, y todo el cuerpo se me hace una llaga viva.

TELON

EMINARIO MUL. DISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS